JESUS EL FILOSOFO POR EXCELENCIA

Carlos Brandt



OBRAS DEL MISMO AUTOR

Spinoza y el Panteísmo.

El Problema Vital.

Leonardo. El profeta de las Profetas.

Cervantes, el Titán de la Literatura.

Diógenes, el Atleta de la Voluntad.

Giordano Bruno, el Mártir más auténtico de la Historia.

El Vegetarismo.

La Vida de Beethoven.

El fanatismo religioso

CARLOS BRANDT

JESUS
El Filósofo por Excelencia

CUARTA EDICION

EDITORIAL KIER, S.A.
Av. Santa Fe 1260 – 1059 Buenos Aires
ARGENTINA

Ediciones en español:
Nicolás B. Kier, Buenos Aires, 1939
Editorial Kier, S.A.; Buenos Aires
años: 1980 -1986 - 1992
Diseño de tapa:
Graciela Goldsmidt
LIBRO DE EDICION ARGENTINA
I.S.B.N.: 950-17-0808-X
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina
Printed in Argentina

NOTA PRELIMINAR

Occidente conserva un rasgo peculiar inconfundible: la petulancia. El paso de los siglos significó, para el hombre occidental, una lucha desesperada por salvar abismos formales e incrustar la pobre y endeble envoltura corporal en un escalón superior, alumbrado por fuegos fatuos que se denominan mecánica, tecnología, pregreso, civilización... o, en otras palabras, materialismo crudo, liso y llano. Sin embargo, más allá de ese enfoque exitista, hedónico y, al mismo tiempo, terriblemente angustiado, el hombre occidental, a hurtadillas, no deja de echar una ojeada tímida a la par que inquisitiva hacia esa cuna de evolución cultural y espiritual que se llama Oriente. Allí, precisamente allí, tuvieron su génesis y eclosión ideas-fuerzas que, a pesar del curso fugaz de las centurias, mantienen todavía su primigenio y pletórico vigor. Sumerios, egipcios, babilonios, asirios, judíos, persas, mitanios, heteos, armenios, escitas, frigios y lidios, constituyen el meollo de un proceso evolutivo espiritual nada desdeñable, del que surgieron *Bodhisattvas*, *Gurús* temporales e intemporales, Guías supremos, sublimes Maestros y perfectos Iluminados. Porque a pesar

de que el hombre occidental se ufana de sus avances tecnológicos, suspira todavía por esa paz elemental, duradera y única, pura y sana, que nace del fondo mismo de su conciencia, de su mente, de su pensamiento, o como quiera llamársele, y lo ubica frente a frente con el destino mismo. Todo el devenir de las edades se desenvolvió, en sus múltiples facetas, llevado de la mano también por otras culturas no despojadas de notables vislumbres, pródigas en ideas filosóficas y en progresos genuinamente científicos. Me refiero a Grecia y, en su parte alícuota pero subsidiaria, asimismo a Roma. ¿Por qué negarlo? Pero, de repente, parecería que la historia se detiene. Que el ritmo impuesto por generaciones de seres humanos pretendiera apagar el crepitar de sus revoluciones para mantenerse expectante ante un acontecimiento que convulsiona en realidad la marcha del mundo. El nacimiento de Jesús "el filósofo por excelencia", reviste caracteres de milagro difícilmente concebible. Ese niño galileo, que tendría ante sí únicamente un lapso de treinta y tres años para propalar su mensaje, daría muchísimo que hablar en pro y en contra. Treinta y tres años en la vida de un hombre significan muy poco como simple medida de tiempo. Con todo, la fervorosa Buena Nueva que Jesús deja tras de sí, incendia, ilumina trasciende las edades y permanece aun vigente, sin mengua, con resplandor inigualado. Es que Jesús aprovechó su tiempo; se de-

dicó sin excusas al ejercicio de su apostolado; no permitió que nada ni nadie torciera sus propósitos; aceptó la misión que debía cumplir y, consciente del sacrificio que ella implicaba, afrontó las consecuencias de una condena infamante. Fue un líder estoico, un ser espiritualizado, que no cejó en su prédica de amor al prójimo, de desprendimiento en favor de los desheredados, de renuncia al egoismo innato que tanto dolor, guerra y misesia siembra por doquier. Pobre como era supo estar a la altura de todos pues lo que le faltó en riquezas le sobró holgadamente en intelecto y comprensión. A todos aceptó mas con una sola condición: que supiesen reconocer el mérito de la humildad, de la pobreza y de la èntrega sin reservas en pro del semejante...

Pero cuando llegó el momento supremo, quienes estuvieron a su lado como supuestos lugartenientes, le abandonaron, le negaron. Se escondieron temerosos y recién, tras la muerte del Maestro, resolvieron congregarse para considerar el futuro. ¿Es que acaso la doctrina de Jesús estaba condenada a concluir allí mismo, en el desolador Gólgota, donde exhalara su postrer suspiro *El Hijo del Hombre*? ¿Quiénes serían los encargados de transmitir su doctrina,. profunda, definitoria, casi imposible de cumplir en muchos aspectos?... No hay duda que la Palabra, el mensaje de Jesús, prosiguió transmitiéndose a través de sus discípulos. Además, la relación de cuanto el Maestro hizo y dijo quedó como

constancia en los escritos de cuatro hombres: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Mateo se llamaba Leví y era un publicano, cobrador de impuestos de Cafarnaúm, que según la leyenda murió martirizado. Marcos era hijo de María, aquella mujer en cuya casa, según *Hechos*, xii, 12, los discípulos se reunían para orar. Él fue quien, con el primo Bernabé, acompañó al "alucinado" Pablo en sus viajes apostólicos. También fue discípulo de este último, el médico Lucas, pagano que se convirtió y escribió en griego su Evangelio, documentándose "después" de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen" (*Lucas*, I, 3). Juan, primero discípulo de Juan Bautista, luego lo fue de Jesús. Se destacó por ser el dilecto del Nazareno y, además, como poeta de hondo contenido esotérico. Es a través de estos cuatro hombres —Mateo, Marcos, Lucas y Juan— que los actos y comentarios de Jesús llegaron hasta nosotros. A ellos se suman, por supuesto, los dichos y escritos de ese "fogoso hombrecito" que se llamó Pablo...

Naturalmente, a estos pregoneros se agregaron con el tiempo legiones de intérpretes de la doctrina. Lo que se inició con un lenguaje exento de conceptos engorrosos recaló en el tamiz del calidoscópico malabarismo dialéctico. Panegiristas, exegetas, comentaristas, etc., todos pretendieron erigirse en dueños absolutos e irrebatibles de la verdad. Todos, a su modo, arrimaron su retazo conjetural, adscri-

biéndole a Jesús tipificaciones teológicas de las más dispares y estableciendo rituales, cánones y casuística de la más variada especie y origen. Todos abrevaron en el mismo oasis y conturbaron sus aguas. La enseñanza especial pareció empezar a evaporarse a partir del siglo III esparciéndose alambicados barruntos y aventuradas conclusiones que tanto distan, sideral y sustancialmente, de lo que Jesús mismo dijo, de lo que Jesús mismo ejemplificó, de lo que Jesús mismo propuso. El gran dilema del hombre continúa sin resolver. Tremenda es la polvareda levantada por los modernos fariseos que cambiaron de apariencia pero no de métodos. (Las filacterias son otras, la hipocresía es la misma). El don divino de la palabra es merced celestial cuando se lo emplea bien, y espantosa Babel cuando se lo endereza hacia la tergiversación...

Jesús, el sublime Jesús, sigue, por encima de todo eso, siendo el hombre de proyecciones éticas gigantescas, el apóstol de una doctrina revolucionaria, de una moral nueva, de un nuevo concepto de la caridad humana...

Carlos Brandt, con *JESUS, EL FILOSOFO POR EXCELENCIA*, nos obliga, y en muy buena hora, a volver a las fuentes. Este es un libro sólido, tremendamente lúcido, aguerrido, a menudo subjetivo, pero sincero. Sus enfoques son de hondo sentido religioso, no libres del apasionamiento que el autor fustiga en los demás pero ajenos a toda ensoñación

almibarada. Brandt se ubica en un revisionismo de la más pura cepa y, sin alardes, estudia concisamente una personalidad subyugante nacida hace dos mil años como auténtica bandera que, por obra del egoismo, la simulación, la superstición y otros intereses espurios, pretende hacerse flamear como un banderín simbólico.

Pasaron varios años desde que se escribiera *JESUS, EL FILOSOFO POR EXCELENCIA*, y se publicara por primera vez. Salvando los varios aspectos controvertidos y descartables, que son lo naturalmente perecedero de toda obra humana, *JESUS, EL FILOSOFO POR EXPCELENCIA* es un libro actual y con demoledora fuerza de testimonio transmitido con inteligencia, con claridad y, sobre todo, con coraje.

HECTOR V. MOREL

JESUS

EL FILOSOFO POR EXCELENCIA

Oísteis que os fue dicho: amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo.

Mas yo os digo: amad a vuestro enemigo, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajen y persigan.

Para que séais hijos de vuestro Padre que está en los cielos; que hace que el sol salga sobre buenos y malos y que llueva sobre justos e injustos.

Porque si amáis sólo a los que os aman, ¿qué mérito habría en ello? ¿No hacen también lo mismo los publicanos?

Y si amáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué mérito habría en ello? ¿No hacen lo mismo los gentiles?

Sed, pues, perfectos como vuestro Padre que está en los cielos .

Un nuevo mandamiento os doy: que os améis los unos a los otros, así como yo os he amado a todos.

(Sermón de la Montaña).

EL HOMBRE

—Qué religión tienes tú?
—¿Yo? Ninguna.
—¿Y por qué ninguna?
—Pues, por religión.

GOETHE

No existe en la historia un acontecimiento de más trascendencia que el drama que culminó hace veinte siglos en el Gólgota, ni figura más descollante que la de Jesús, llamado también el Redentor, el Mesías, Cristo, esto es, el Ungido. De su nacimiento hizo la civilización moderna una era, y de su personalidad un Dios. Sin embargo, fue más que un Dios; fue un hombre! Dioses los hay muchos, y cada religión, con igual derecho, proclama el suyo propio como el único verdadero. Pero lo que no hay muchos son hombres, y Jesús lo fue en la extensión de la palabra: predicó el amor y la virtud con el ejemplo, se dejó crucificar por sus principios y perdonó a sus enemigos, aun a los que lo crucificaron. Fue el primer hombre en la

historia en consagrar todas sus energías, toda su existencia, a la defensa de los pobres, de los humildes, de los oprimidos, y en llevarles consuelo prometiéndoles justicia. Fue también único hasta entonces por su insistencia en predicar al pueblo la igualdad, por su intrepidez en denunciar a los príncipes, a los sacerdotes, a los potentados que acaparan las riquezas y dominan las conciencias, siendo por ello acusado de sedicioso. Creyó ingenuamente que todos —inclusive él— somos hijos de Dios. ¿Quién no lo es? Mas esa creencia fue el pretexto para que sus enemigos lo hicieran crucificar, y también para que sus amigos, más tarde, lo elevaran a la categoría de Dios. Tal es de frágil el criterio humano, que se deja arrastrar de las pasiones hasta dar en los extremos viciosos... Sin embargo, la creencia de que todos somos hijos de Dios, de la Naturaleza, o como sea el nombre que se le quiera dar a la fuerza que nos creó, que rige el universo, nada tiene de particular. Todo depende de la interpretación que los hombres les quieran dar a las palabras. Mas sobre esa ingenua creencia, sobre la falsa interpretación de una simple palabra, la tiranía de los unos inmoló a un apóstol inocente, y la superstición y codicia de los otros construyó la organización religiosa más vasta, más preponderante y más mundana que se conoce. "Muy difícil es averiguar si el paganismo se convirtió en cristianismo, o si fue éste el que se convirtió en

paganismo", dice con mucha razón Edward Gibbons.

Como veremos luego, Jesús jamás se llamó un Dios en sentido personal. Por el contrario, las citas bíblicas demuestran que él siempre se creyó humano, *hijo del hombre,* siendo tres siglos después de su muerte, que se atrevieron a convertir en un Dios, en un Fetiche, al hombre que más combatió la idolatría y el fetichismo. . .

Desde luego que para mí, queda del todo descartado el Jesús milagroso, el Jesús sobrenatural, el Jesús-Dios. Si los *milagros* que hoy se hacen en Lourdes no logran interesarme, ¿qué decir de los que, según *La Biblia*, se hicieron hace veinte siglos en Galilea? Ni tampoco me interesa la historia de un Dios empeñado a toda costa en mostrar a las gentes su divinidad por medio de milagros sin haber logrado mucho éxito en su peregrino empeño. ¿Qué pensar de un Dios que viaja de incógnito por el mundo para hacerse sacrificar teatralmente? ¡No sienta bien al tonante Jehová de Sinaí hacer de comediante y disfrazarse de mortal para desempeñar el humilde papel de mártir en Judea. Olvida que la ficción desvirtúa al héroe y que lo que nos causa admiración en éste es antes que todo la ingenuidad, la firmeza en el propósito y sobre todo, algo incompatible con un Dios: la desoladora incertidumbre en el triunfo final. Afortunadamente para

el prestigio del nombre de Jesús, a éste lo acompañó siempre esa incertidumbre, hasta el último instante de su vida, siendo en ello, acaso, que consiste su mayor grandeza... Porque es sólo como hombre, que su sacrificio adquiere las proporciones dignas de la divinidad y él, como dijimos, mostró serlo hasta el fin. Eso de los Dioses queda allá para los supersticiosos y para los que viven a expensas de la credulidad del público. Mas para los efectos históricos lo sobrenatural hace ya tiempo que no encuentra cabida en ninguna obra histórica. Si gracias a las reglas establecidas por el genio de Mommsen, la historia antigua pudo al fin ser clarificada de los mitos que tanto la oscurecían, ¿por qué no aplicar también esas mismas reglas a los *Evangelios*? De ese modo podrían estos salir de la leyenda, a que parecen estar condenados, para poder entrar de lleno en la historia. La generalidad de las gentes sensatas aceptan implícitamente que los milagros del *Viejo Testamento* (tales como Jonás viviendo en el vientre de la ballena, la burra locuaz de Balaam, la estatua de Lot, etc.), son pura ficción, ¿por qué no convenir que los milagros del *Nuevo Testamento* lo sean también?

Es esa aureola mitológica, creada alrededor de la figura de Jesús, lo que ha impedido que a éste se le haya dado en la historia, el puesto que, como

filósofo merece. Cierto que después de veinte siglos de prédicas cristianas muy poco parece haber adelantado moralmente la humanidad, pues esta se encuentra hoy, en tal respecto, más o menos en el mismo estado en que la encontró Jesús. Pero no olvidemos que lo que más admira en Jesús fue lo bello de su doctrina y su firmeza para predicarla, y no el éxito alcanzado en imponerla al mundo. La circunstancia de que una doctrina de moral no haya podido penetrar en la conciencia de los hombres no desvirtúa dicha doctrina. En tal caso los que quedarían desvirtuados serían los hombres que no lograron adaptarse a ella.

La paradoja encargada de distanciar los criterios con respecto a la naturaleza de Jesús, vuelve a manifestarse, esta vez con respecto a su doctrina. Los partidarios del Jesús-Dios persisten en que éste reformó o salvó a la humanidad. En cambio sus enemigos le atribuyen la culpa del descuartizamiento de Hipatía, de la hoguera de Bruno, del suplicio de Galileo, de la Inquisición, del San Bartolomé, de las guerras religiosas de la Edad Media, etc. Ambos son extremos viciosos. Repetimos que la doctrina de Jesús no parece haber tenido mucho éxito hasta ahora en la práctica. Pero también vimos que el principio de la caridad, de la moral de Jesús, no se puede desvirtuar por el mero

hecho de que los encargados de predicarla se hayan mostrado reacios a practicarla.

Del otro lado, los llamados cristianos cometen también la puerilidad de suponer que es al cristianismo, al que se deben todos los decantados adelantos de nuestra civilización. Esto es un contrasentido. Las civilizaciones se han levantado y han decaído sin tener nada que ver con sus apóstoles de moral. Roma y Grecia, antes de haber abrazado el cristianismo, eran en muchos respectos más civilizadas y poderosas que lo son hoy. La India, Persia, Egipto y China alcanzaron una vez mayor grado de civilización moral que la que tienen hoy los países llamados cristianos. Es necesario ver las cosas con ánimo sereno, si queremos tener algún resultado al investigar los hechos. Pesemos imparcialmente el pro y el contra de los argumentos, si es que deseamos conocer el lugar que le corresponde a Jesús ocupar en la historia, y que no es ni el divino que se empeñan en atribuirle sus sedicentes adeptos, ni tampoco el que sus fanáticos adversarios le quieran dar haciéndolo responsable de la Edad Media, que, como es sabido, fue obra exclusiva de los hombres. Además, culpar a Jesús de ella, denota poca serenidad de espítitu. La denigración histórica de la Edad Media, como bien dice Rodó, "es un tema de declamación que ha quedado desde hace mucho tiempo relegada a los

estudiantes de quince años de las clases de Historia Universal. Ya no se infaman épocas enteras de la historia del mundo: se les explica y comprende, y eso vale mucho más. La historia no es una forma retrospectiva de la arenga y del libelo..., sino un recinto al que hay que penetrar sin ánimo de defender tesis de abogado... Quien tenga desinteresado deseo de aprender, ha de acercarse a ese santuario, purificado de las las pasiones del combate..."

Veamos las cosas imparcialmente: Ni Jesús fue un Dios personal (o tripersonal) ni tampoco se le puede culpar de lo que sus llamados adictos hayan hecho de su doctrina. Son los cristianos, quienes elevaron a Jesús a la categoría de Dios y luego utilizaron su doctrina para hacerse mutuamente odiosas guerras, los que han tratado de amenguar la figura de Jesús en el ánimo de muchas personas que han mostrado, por otra parte, ser incapaces de emplear la crítica serena para juzgarlo. Negarle méritos a Jesús porque no haya logrado reformar a la humanidad, sería lo mismo que negarle méritos a Epicteto o a cualquiera otro de los grandes moralistas, porque tampoco su doctrina hubiese logrado reformar al género humano.

¿Por qué han de ofuscarnos las pasiones hasta el extremo de no ver en el predicador de Galilea, a pesar de no haber logrado reformarnos, uno de los más grandes apóstoles de moral que ha tenido

el mundo? Sin embargo, hay quienes pretenden destruir de una sola plumada toda la obra de Jesús...

A los que dicen que la doctrina de Jesús fue un fracaso, debemos repetirles que no se puede descalificar a un moralista por el mero hecho de que los hombres nos hayamos mostrado incapaces para practicar la virtud. Además, debemos recordar también que lo más admirable en Jesús, lo que podríamos llamar más original en él, fue su actitud consagrándose a la defensa de los oprimidos, y principalmente su habilidad para coordinar con preceptos morales, cual eslabones de una cadena, un completo sistema de moral de vastísimo alcance, que corresponde a los más avanzados postulados de la ciencia moderna. Es pueril suponer que un alucinado como San Pablo o unos iletrados como los evangelistas, hubiesen podido confeccionar dicho sistema. ¿Quién fue, pues, el que construyó ese sistema de moral que aparece en el fondo de los Evangelios? Llamémosle Jesús, por darle algún nombre. Tampoco conoce la historia de otro apóstol que hubiese abrazado la causa de los desheredados, de los oprimidos, de los humildes, con tanta decisión y sacrificio como este apóstol a quien por darle algún nombre, le llamaremos Jesús..

Los ritos, las ceremonias religiosas, todo eso nada vale comparado con los sentimientos: "Si tra-

jeres tu presente ante el altar y allí te recordaras de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu presente delante del altar y vete; vuelve primero en amistad con tu hermano, y entonces ven y ofrece su presente". (San Mateo V, 23, 24). Pedro le pregunta que cuantas veces podría perdonar, y Jesús le contesta: "No te digo hasta siete, sino setenta veces siete". (San Mateo, XVIII, 22). Si admirable fue la moral panteísta predicada por Jesús, no menos admirable fue su actitud para llevar el consuelo allí donde la desolación era más grande. Jamás estuvo de parte de los fuertes, sino de los oprimidos. Ningún otro apóstol en la historia lo supera en ese sentido, habiéndose por ello conquistado el merecido título de "el espíritu más bello que ha nacido en el mundo", según lo describe Brisbane. Su principal mandamiento era este: "Ama a Dios con todo corazón, con toda tu alma, con toda tu mente". Este es el primero y grande mandamiento. El segundo es igual a éste: "Ama a tu prójimo como a ti mismo". (San Mateo, XXII, 39). "Un nuevo mandamiento os doy: que os améis los unos a los otros así como yo os he amado a todos vosotros. No hay mayor amor que este: que todo hombre se haga matar en defensa de su prójimo". (San Juan, XV, 12 ,13).

Jamás se había dicho en la historia verdad más bella que ésta, y fue también Jesús el primero en

ponerla en práctica. El estaba convencido, de esa verdad con tal firmeza, que, aun cuando parece perder fe ante la gran prueba, se le oye decir en el jardín de Getsemaní: "Padre mío: si no puede este vaso pasar sin que yo lo tenga que beber, hágase tu voluntad". (San Mateo, XXVI, 42). Estas palabras muestran la sinceridad y convicción con que había abrazado sus principios.

Antes de seguir adelante quiero hacer una corta explicación. Cité en otra oportunidad los países donde comenzó a germinar la semilla de la caridad, históricamente. Pero conviene hacer una distinción: la caridad egipcia, persa, hindú, etc., según antiguas obras, se refiere más a la vida en general siendo, por lo tanto, más filosófica.

La caridad cristiana, según Jesús —y a pesar de haber éste acabado con la infame costumbre de sacrificar animales— se refiere más a la vida humana en particular, siendo, por lo tanto, más patética. En el primer caso el compás de la caridad abarca un círculo más extenso. En el segundo caso ese círculo —menos extenso— es, en cambio, más intenso. Son dos principios igualmente morales, pero cuya prelación no incumbe dilucidar por ahora.

Jesús abrazó sus principios con tal convicción, que su figura, como apóstol de la caridad humana, es única. Cierto que Sócrates, Tao, Pitágoras,

Zenón, Epicteto, los estoicos, Buda, Confucio, Zaratustra, etc., predicaron y practicaron también la caridad; pero ninguno de ellos tomó a su cargo con tanta resolución y sacrificio la defensa de los pobres, de los desheredados, le los desvalidos, de los que sufren... como Jesús de Galilea.

No fue, pues, la piedad lo más original que hubo en Jesú,s sino el amor, esto es, su manera en aplicarla al ser humano y principalmente el haber sabido morir por ella logrando así implantar su importancia universal. En el fondo de los Evangelios la grandeza de Jesús se nos revela, tanto en el pensamiento como en la acción: el filósofo construye los principios de su sistema de moral sobre la inconmovible base del panteísmo, y el apóstol defiende esos principios hasta morir al clavar su bandera en las peladas cimas del monte Calvario.

EL APOSTOL

No hay duda de que "Jesús es el más antiguo de todos los prisioneros de la reacción..." Los romanos, los griegos antiguos tenían la esclavitud, y en cuanto a los judíos, había entre ellos tal diferencia de castas, que en las ciudades importantes como Jerusalén sólo tenían derecho a vivir los dirigentes, en tanto que los pobres, explotados, los infelices, los desheredados, no vivían sino en las afueras de las poblaciones. Los desheredados no podían ni siquiera tocar la túnica de algún dirigente so pena de grave castigo. Era entonces inconcebible pensar que nadie se tomara para sí la defensa de esos desdichados. La actitud de Jesús defendiendo a estos últimos y ofreciéndoles un consuelo en la esperanza de un nuevo sistema social, tenía que provocar la ira de las clases dirigentes, principalmente si se piensa que para defender a los desvalidos, a los pobres, tenía él que denunciar a los sacerdotes, a los príncipes, a los potentados, en fin, a todo el tren establecido. Considerando la importancia que tenían esos personajes

no es de extrañar que éstos lo acusaran de sedicioso y que el denodado apóstol terminara trágicamente su existencia sin haber cumplido todavía 33 años de edad...

Se ha dicho que Jesús fue el primer comunista. Es un error, pues mal habría podido ser comunista quien, como él, no reconocía el derecho de bienes ni aun en comunidad. A sus discípulos no les era permitido llevar dinero ni alforjas (San Marcos VI, 8, 9), ni tener más de una camisa y un par de sandalias. Según Barbusse, "Jesús fue un gran anarquista". El literato francés interpreta la frase "mi reino no es de este mundo" así: "mi reino no es de esta época sino del futuro". Es fácil suponer que para el fanático San Pedro, el *reino del cielo* significaba la época en que reinaría la justicia y la igualdad; no otra cosa. Por eso no cesaba de decir: "el reino de los cielos está entre vosotros". Hay que tener también entendido que Jesús, para poder predicar, tenía que emplear parábolas de modo de poder dar una doble interpretación a sus revolucionarias prédicas y así salvarse de los espías que siempre le asechaban.

Tal sistema de predicar era muy explicable en él, si se tiene en cuenta que las clases dirigentes, en particular los saduceos y los fariseos se emulaban, por medio de espías y asechanzas, buscando un pretexto para hacer sacrificar al predicador. Así

es que éste, cuando predicaba, tenía que aguzar mucho su ingenio. De ello tenemos una prueba en el caso de la moneda del César. El apóstol predicaba que no se debería hacer caso a la autoridad y que tampoco se debería pagar impuestos. Era una prédica muy peligrosa. Una vez predicado esto, se le acercaron unos fariseos para preguntarle: "¿Es lícito pagar tributo al César o no; debemos o no debemos pagar tributo?" Comprendiendo Jesús que le tendían un lazo, contestó: "¿Por qué me tentáis? Traedme la moneda para verla". Ellos se la trajeron y él les preguntó mostrándosela: "¿Suya es esta imagen y esta inscripción?" "Del César", contestaron, y él les replicó: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios". (San Mateo XXII, 20). Como buen panteísta, Jesús sabía que el César, la moneda y los espías, etc. todo pertenecía a Dios; pero una contestación ambigua le salvó en aquel momento de la insidia de los espías de Caifás. Semejante a este fue también el siguiente episodio: Predicaba el apóstol , cuando se le acercaron los príncipes de los sacerdotes enfurecidos de ver que un hombre humilde se atreviese a predicar al pueblo sin permiso y le interrogan: "¿Con qué autorización te pones a predicar?" y Jesús, adivinando la insidia, les contesta con esta otra: "Yo también os voy a hacer una pregunta, y si me la contestáis os

contestaré la vuestra: "¿El bautismo de Juan de dónde era, del cielo o de los hombres?". Entonces ellos se pusieron a pensar que si decían que del cielo él les contestaría que por qué no habían creído en dicho bautismo, en tanto que si decían que de los hombres, serían atacados por el pueblo, pues éste proclamaba a Juan el Bautista como su apóstol. De modo que para evadir la comprometedora pregunta los sacerdotes le contestaron: "No lo sabemos", y Jesús les replicó: "Pues si no me contestáis mi pregunta, yo tampoco os contestaré la vuestra". (San Mateo, XXI, 23, 27).

En estos dos casos citados muéstrase Jesús como hombre hábil para librarse de las redes que le tendían los espías; pero también muchas veces los confundía no sólo por su habilidad, sino con los más bellos ejemplos de piedad y de amor. Jesús no creía en las leyes de los hombres, ni en el derecho de éstos para infligir castigo. "No juzguéis para que no seáis juzgados", les advierte. (San Mateo, VII, 1). Otra vez manifiesta que los hombres no tienen derecho a castigar "porque no envió Dios a su hijo al mundo para que condenase al mundo, sino para perdonar y salvar al mundo" (San Juan, III, 17). Así es que cuando los fariseos, con la intención de tenderle un lazo, llevan a su presencia a la mujer adúltera que, de acuerdo a la ley de Moisés, debía morir apedreada, castigo

que las multitudes se preparaban ansiosas de ejecutar, el las desarmó lanzándoles este reto: "El que se crea sin pecado que arroje la primera piedra". En seguida Jesús se incorporó para escribir sobre la arena con un palo. Cuando al cabo de un rato levantó la mirada, se encontró con que, llevados de la conciencia, los apedreeadores se habían ido todos de allí, no quedando más que la pecadora, a la que preguntó: "¿Mujer, dónde están tus acusadores; ninguno te ha condenado?". Como ella le contestase que ninguno, él le replicó: "Ni yo tampoco te condeno; vete y no peques más". (San Juan, VIII, 3, 11). De este modo salvó a la infeliz mujer, enseñando al mundo que siendo el hombre imperfecto y esclavo de las pasiones, no puede tener derecho a castigar. Jesús era hombre de ideas avanzadas y por lo tanto sabía que, de acuerdo con su filosofía, es el perdón el medio más eficaz para corregir. Por otra parte, el castigo es un crimen que el hombre, en su ignorancia, se ha creído con derecho a perpetrar. Verdaderamente, "los hombres que condenan es porque no comprenden", según reza *El Corán*. Fue ese también el lema de Leonardo. Ni aun a los niños se debe castigar,, y así dice: "Cualquiera que recibe a un niño, me recibe a mí". (San Lucas, XVIII, 16).

Por medio de la noción de la igualdad es que

buscaba Jesús la reivindicación de los pobres, de los desheredados, de los desvalidos, de los explotados que tienen "hambre y sed de justicia". Jesús no reconocía nacionalidad de ninguna clase, pues para él todos los pueblos eran iguales. Tampoco reconocía superioridad entre los hombres: "Cualquiera que se hiciese grande entre vosotros, será vuestro servidor", les dice (San Marcos, X, 43), y luego agregó: "El que se ensalce será humillado y el que se humille será ensalzado" (San Lucas, XVIII, 14). Les da esperanza de redención a los que sufren persecuciones por causa de la justicia (San Mateo, V, 10). Siguiendo la costumbre de los esenios de lavarse los pies, él mismo frecuentemente se los lavaba a sus discípulos para motrarles que era igual a cada uno de ellos, pues no hay nada que Jesús detestara más que las jerarquías. Su actitud de maestro no implicaba superioridad sobre los demás. (San Juan, XIII, 14).

Jesús estaba convencido de la redención social y moral de la humanidad. Para él los *muertos*, según explica Barbusse, no son otra cosa que los que están conformes con el régimen imperante. "Dejad que los muertos entierren a sus muertos". les dice. Refiriéndose a su doctrina social que, según él, algún día iría a ser reconocida por todos, hasta por los más reaccionarios, llegó a decir: "Pero vendrá el día en que los muertos oirán". Fijémonos

en que aquí no hay nada de teologías sino puro simbolismo. Igualmente dice: "Los que pasan el tiempo en placeres también están muertos en vida". En todas estas frases se nota la habilidad de Jesús para predicar sus revolucionarias ideas atrayendo lo menos posible la atención de las autoridades. Es un hecho que la filosofía de Jesús es una cosa muy distinta a la teología establecida más tarde por los cristianos. Con la palabra *muertos indicaba*, no a los que han muerto realmente, sino a los que viven en el mundo de acuerdo con la injusticia y sin la esperanza de reformarse. Asimismo, hablaba de *vida* como la idea de la redención aquí en la tierra: "En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres" (San Juan, I, 4), dice para expresar que su doctrina estaba destinada a sembrar la luz para redimir a los hombres. También decía: "Yo he venido para que tengáis vida y para que la tengáis más abundantemente" (San Juan, X, 10). Quien como él tanto combatía las leyes humanas, llegó a decir: "Si alguna vez se hubiese promulgado una ley que diera vida, en verdad os digo que en tal caso esa ley estaría de parte de la justicia". (Gálatas, III, 21). En otros términos, todas las leyes humanas son malas porque, en última instancia, son contrarias a la vida; en todas va la destrucción de vida. Pero el día en que se llegase a promulgar una ley que no destruyera vida directa ni indirecta-

mente sino que, más bien, diera vida, entonces esa ley sería justa.

Enemigo de toda clase de ritos y de ceremonias absurdas, Jesús combatió con muy buen sentido y mejor éxito la infame costumbre judía de sacrificar animales ante el altar de la superstición religiosa. "Piedad quiero y no sacrificio", exclama. La mosaica regla de higiene, convertida por los sacerdotes en rito religioso, y según la cual no se podía comer sin antes lavarse las manos, tuvo que caer ante la lógica de Jesús. Otro rito que cayó ante su lógica fue el de que los sábados no se podía trabajar, ni aun siquiera para curar a un enfermo. El mostró que la piedad estaba por encima de todos los ritos diciendo: "Mirad que el hombre no se ha hecho para el sábado, sino el sábado para el hombre" (San Marcos, II, 27). En otros términos, las ceremonias religiosas no tienen ningún valor allí donde las necesidades de los hombres son perentorias. Negaba a los sacerdotes sus privilegios sobre las demás gentes. Una vez le dice: "Mi casa es casa de oración, pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones" (San Lucas, XIX, 46). Si Jesús resucitara hoy, se sorprendería de ver que después de dos mil años, las condiciones en ese respecto no parecen haber mejorado mucho.. A los santurrones los increpa llamándolos *sepulcros blanqueados* y les dice: "No os gustan sino las primeras

sillas en las sinagogas y las salutaciones en las plazas públicas". Jesús mostraba la futilidad de los ritos y ceremonias predicando que para él lo único que cuenta son las buenas acciones y los buenos sentimientos, la piedad. Pero no solamente los sacerdotes que explotan a los ignorantes, sino también los médicos que hacen otro tanto, tienen en Jesús un denunciador eficaz. Así lo vemos en el caso de la pobre mujer "que había sufrido mucho en manos de los médicos, pues había gastado en ellos todo lo que tenía y lejos de mejorarla, lo que habían hecho era empeorarla" (San Marcos, V, 26). Se ve que las cosas en la medicina, después de dos mil años, tampoco han cambiado mucho que digamos, sobre todo en aquello de cobrar por servicios que no se hacen. Jesús no empleaba otra clase de medicamentos que la mente, la dieta y el ayuno (San Marcos, IX, 29). Tanto la curación física la moral, como la social, no tienen sino un solo remedio. Ese remedio lo han explicado todos los hombres superiores, y se llama la sobriedad, la virtud, la naturaleza. La verdad es antiquísima. Somos los hombres, los ignorantes que aún nos empeñamos en no reconocerla. El enorme fárrago de teorías contenidas en toda la llamada literatura médica moderna, ni toda la ideología contenida en los seminarios, podría agregarle un ápice a esa simple verdad de Jesús: la virtud, la piedad, el amor.

Cual buen esenio, Jesús ajustaba su Vida a un régimen estrictamente pitagórico, frugal, vegetariano. El sabía que era por medio de la sencillez que se podían resolver todos los problemas humanos, inclusive el económico. Desde Buda y Pitágoras hasta Tolstoi y Ghandi lo han reconocido como también todos los más grandes pensadores. Epicteto lo explica. "Si quieres hacer rico a Crates, no le aumentes sus bienes: disminúyele sus necesidades". Desgraciadamente el mundo no parece haber adelantado aún lo suficiente para poder comprender esa gran verdad. El día en que llegue a comprenderla nos veremos libres de la esclavitud de las fábricas, donde gran parte de la humanidad parece estar condenada a trabajar construyendo cosas inútiles, para los ociosos. Cuando nos convenzamos de lo absurdo que es construir objetos de lujo, y por lo tanto inútiles, nos libraremos del aire viciado de los talleres y nos dedicaremos a una industria más moral, más interesante y más sana, cual es la de ir a labrar la tierra en el campo, al aire libre. Debemos poner término a la inicua costumbre de que haya explotadores y explotados. Tal condición es una vergüenza para la humanidad, pues todos somos hermanos. Mas en la actualidad la injusticia social la debemos considerar como un merecido castigo, encargado de hacernos adelantar. Y ese adelanto no se conseguirá, como algunos se

lo imaginan, por medio de violentas conmociones sociales que sólo servirán para empeorar nuestra ya desesperante situación, sino únicamente por medio de la paz, de la comprensión de una vida sencilla y del amor al prójimo, esto es, perfeccionando nuestro corazón. El espíritu de justicia que animaba a Jesús lo comprendió así: A los que se imaginan que sin el lujo y las riquezas no es posible la existencia, Jesús les dice: "Mirad los lirios del campo como crecen y no trabajan ni hilan ni juntan en graneros; mas os digo que ni aun Salomón, en toda su gloria, fue vestido como uno de ellos" (San Mateo, VI, 25 al 29). Predicaba Jesús su doctrina con tal claridad, que aun muchos escribas se le agregaban a sus adeptos. A uno de estos escribas le dice, mostrándole la injusticia reinante: "Los zorros tienen cavernas y las aves de los cielos nidos; mas el hijo del hombre no tiene donde recostar su cabeza" (San Mateo, VIII, 20). Así mostraba la injusticia de que los desheredados fabrican los edificios para que los favorecidos los aprovechen.

Jesús no creyó jamás en la comunidad de bienes sino en la abolición de la propiedad. Por más que no lo queramos reconocer así, hay que convenir en que su doctrina nos lleva muy lejos. Bastante curioso es el hecho de que a pesar de la fama de comerciantes que merecidamente tienen los judíos, sus más altos representantes combatieron siempre

el capitalismo: Jesús y Carl Marx condenan el sistema capitalista, y Spinoza y Einstein muestran siempre su desdén por el oro. La doctrina del predicador galileo persigue también la destrucción de las pasiones y el renunciamiento de sí mismo: "Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame"(San Mateo, XVI, 24). El maestro sabe que el dinero nos pervierte el espíritu. Sus discípulos Spinoza y San Francisco sabían otro tanto. "Donde está tu tesoro allí está tu corazón", dice en San Lucas (XII, 34). No se puede servir a dos amos a la vez, sobre todo si uno de ellos es el poderoso Don Dinero... La idea de repudiar a este último para poder servir moral e intelectualmente a la humanidad, data de mucho tiempo atrás. Buda, el opulento príncipe oriental que reparte todos sus bienes a los pobres y que cambia el cetro de un trono por el bordón del pordiosero, es el primer gesto que conoce la historia en ese sentido. Diógenes no permite ricos en su escuela, y cuando algún potentado quería ingresar en ella, lo primero que le ordenaba era repartir sus bienes a los pobres. El caso de Crates es un ejemplo de ello. Jesús procedía en ese sentido de idéntica manera que Buda y que Diógenes. Una vez un rico judío quiso ingresar en la secta de Jesús y, de acuerdo con el consabido requisito, el Maestro le ordenó repartir sus bienes entre los

pobres. Como viera que el judío flaqueaba ante tan dura prueba, el galileo exclamó, con ademán de convencimiento: "Primero entra un cable por el ojo de una aguja, que un rico al reino de Dios" (Marcos, X, 25). Veamos cómo expresa Epicteto esta misma verdad: "Es tan difícil a los ricos adquirir la sabiduría, como a los sabios adquirir la riqueza".

El Maestro, como dijimos, circunscribe con más fuerza su apostolado de piedad, al servicio de la humanidad. Con su actitud Jesús demostró que debemos oponernos a la injusticia, pues como bien dice Pitágoras, "Sólo son amados de la Divinidad aquellos que se saben oponer a la injusticia". Quiere decir que hay que oponernos a ésta, pero sin emplear la violencia. Por eso exclama el galileo: "Cualquiera que te hiriere en la mejilla, preséntale la otra; y al que te quisiese poner pleito y quitarte la ropa, dale también la camisa" (San Mateo, V, 30, 40). ¿Teorías? Vedlo en la práctica: cuando se defiende ante Anás, el representante de Caifás, un esbirro de éste le da una bofetada diciéndole: "Y así contestas al pontífice?" Cualquiera otro se habría intimidado o habría *visto rojo* ante tan brutal ofensa; mas, lejos de inmutarse, y con la calma y ecuanimidad de un estoico, Jesús replica humildemente: "Si he errado, dime en qué erré, y sino ¿por qué me pegas?" (San Juan, XVIII, 23).

Así demostraba el Maestro, con el ejemplo, su propia doctrina de "amad a vuestros enemigos· bendecid a los que os maldicen; haced bien a los que os aborrecen; orad por los que os ultrajen y persigan" (San Mateo, V, 44). Realmente que "como hombre, Jesús es divino", exclama Barbusse. No nos apresuremos, pues, a juzgar con demasiada severidad a los primeros cristianos que lo creyeron un Dios... A pesar de las guerras y de la pena de muerte, es indudable que la conciencia humana ha adelantado algo en la dirección del perdón. Hoy no se emplean bárbaros castigos en las escuelas, ni se le cortan los brazos a los ladrones, ni de la pena de muerte se hace un espectáculo público. Y aunque ese adelanto se deba en primer término a los progresos de las ciencias antropológicas, no importa: el caso es que el mundo marcha en la misma dirección que nos demarca el dedo de Jesús: hacia el perdón...

EL PENSADOR

Ya te he dicho, discípulo, que los males del presente son la causa de la ignorancia del pasado y que por lo tanto no tienen remedio. Pero como los males del futuro serán la consecuencia de la ignorancia del presente, tratemos de ser sabios para evitarlos.

SABIDURÍA HINDÚ.

Leyendo los Evangelios con espíritu sereno y libre de prejuicios, y descartando de allí aquellas citas —por cierto escasas— que contradicen la doctrina de Jesús —citas incuestionablemente apócrifas, como lo he demostrado en el capítulo "Jesús Reivindicado"—, llegaremos a la conclusión de que según lo había observado ya Spinoza, Jesús es el filósofo por excelencia. Fue el apasionamiento, así de los llamados cristianos, como de sus adversarios, lo que impidió que la luz de la filosofía evangélica pudiese brillar desde las páginas de las mejores obras filosóficas modernas. El *Jesús-Mitológico* es

la nube de fanatismos y prejuicios que ha venido ocultando a la mirada de los pensadores ese sol de sabiduría que se llama *Jesús-Filósofo.*

Si la contribución de Jesús al progreso humano fue grande como mártir de la justicia y de la piedad, no menos grande ha sido su contribución como exponente de la filosofía panteísta. Para él, Dios y la Naturaleza son una misma cosa: el *Bien* y el *Mal* son relatividades, y la Verdad consiste en la comprensión del Destino, que es la comprensión de Dios. Su corolario es la libertad. Esos tres principios del panteísmo se destacan en todos los Evangelios con tal fuerza, que es inconcebible que los filósofos pudiesen haberlos pasado desapercibidamente. Sólo el fanatismo de los unos y de los otros, como ya dije, podría explicar esa falta.

Examinemos la filosofía del perdón y veremos que, en el fondo de ella, representa la síntesis del panteísmo. Sólo perdona de corazón quien llegue a darse cuenta de la relatividad del *Bien* y del *Mal*, esto es, quien logre alcanzar suficiente grado de sabiduría para comprender que en última instancia no existe lo que denominamos *Mal.* Panteísta es también la idea de que a la redención humana no se llega sino por medio de la sabiduría, y de que el sufrimiento es un medio efectivo para inducirnos a querer ser sabios. "Conoceréis la verdad,

y la verdad os hará libres" (San Juan, VIII, 32) es un principio panteísta también.

La ciencia moderna, la antropología criminal, ha dado al fin la razón a Jesús. Un hombre que mata a su madre para robar, ciertamente comete un crimen horrendo, y todo el mundo convendrá en que tal clase de asesino no puede haber sido un ser normal, sino un degenerado. En consecuencia, cualquier abogado listo no encontraría difícil demostrar que el asesino en cuestión era un loco irresponsable, salvándolo así de la pena capital. Ahora bien, ¿por qué suponer que solamente un crimen semejante al descrito pudiera ser cometido por un ser anormal, por un irresponsable? ¿No habría motivos para creer también que otros crímenes menos horrorosos pudieran ser cometidos por criminales menos anormales? O en otros términos, ¿no podría suceder muy bien que la magnitud de un crimen cualquiera estuviese en proporción al grado de degeneración del respectivo criminal? Ello nos conduciría a la verdad spinozana de que toda mala acción, todo acto vituperable, no puede ser efectuado sino por una persona anormal, aunque sólo lo estuviera en muy pequeño grado. Y si perdonamos al criminal porque comete un acto delictuoso que solamente un loco, un degenerado, pudiera cometer, ¿por que no perdonar también al pecador pequeño que comete una falta en la que no tuvo

otra culpa que su relativo grado de degeneración, es decir, algo que no dependía de él sino de las circunstancias?

Veamos ahora cómo esas ideas filosóficas de Jesús y de Spinoza encuentran entrada en nuestra vida práctica, en la jurisprudencia moderna. Clarence S. Darrow, abogado eminente, durante una conferencia pronunciada en uno de los presidios mayores de los Estados Unidos se expresa así: "Yo creo que nadie merece estar preso. Los prisioneros que se encuentran recluídos en los presidios lo están allí sencillamente porque no lo pudieron evitar; así como los que nos encontramos fuera de los presidios, estamos fuera porque tampoco lo pudimos evitar". De modo que mientras la llamada religión cristiana, aferrada a sus ritos, olvida el principio de perdón que animaba a Jesús, la ciencia moderna, gracias en primer término a Spinoza, se acerca cada día más al espíritu del verdadero cristiano, estando ya a punto de descorrer el velo que oculta al mundo el fondo de verdad contenido en este principio de perdón que Jesús proclamaba. Pero como todo está en el destino acaso esos castigos, esas prisiones, nos sean también necesarias para hacernos sufrir ya que, debido a nuestra ignorancia, parece que el sufrimiento se ha hecho necesario para obligarnos a progresar espiritualmente; para hacernos sabios.

Sin embargo, yo prefiero estar del lado de Jesús, Spinoza y Darrow, pues éstos, al adelantarse a su tiempo, tienen el privilegio de ver las cosas bajo su aspecto de eternidad y consecuentemente de sentirse en unidad con el destino, con Dios. Los enemigos del castigo, al ver que éste impera en el mundo, podremos sufrir más al presenciarlo, que aun los mismos que son víctimas del castigo. Pero en cambio tendremos la satisfacción de contemplar a los que defienden o infligen el castigo —y que es casi toda la humanidad— con la misma piedad con que los hombres civilizados miran a los caníbales y demás razas inferiores. Estas pretenden que la carne humana es indispensable para la alimentación... Quizá todos, tanto los caníbales como los civilizados partidarios del castigo, tengan su poquito de razón desde su respectivo punto de vista. Mas la verdad ya sabemos que sólo está de parte de los que tienen piedad, esto es, de los que ven más lejos en el camino de la evolución humana...

¿De qué se acusó a Jesús para condenarlo? Se le acusó de blasfemo, por haber dicho que todos somos hijos de Dios. "El Padre está en mí y yo en el Padre" (San Juan, X, 10, 38). Y para explicar que no se trataba de él solamente, sino de toda la humanidad, exclamó: "En esto sabemos que estamos en El y El en nosotros: en que nos ha dado de su espíritu" (San Juan, IV, 13). El cuerpo no

hay que menospreciarlo, pues es *también una creación divina*, según San Agustín; una parte de Dios. "¿Ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros? .. Glorificad a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son también de Dios" (I Corintios, VI, 19 y 20). Cual los antiguos filósofos griegos, Jesús juzga con razón que el cuerpo y el espíritu son igualmente importantes. Dios y toda la humanidad son una misma cosa: "Conoceréis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros" (San Juan, XIV, 20). No existe en todos los Evangelios una sola frase que diga que Jesús se creía un Dios, como quieren hacerlo aparecer los llamados cristianos. Por lo contrario, abundan allí las citas en que Jesús se llama a sí mismo *hijo del hombre* (San Mateo, VIII, 20; XXVI, 64; San Marcos II, 10; XIV, 62; San Lucas, V, 24; XXII, 69). Cuando le dicen a Jesús "Maestro Bueno", él replica: "Ninguno es bueno, sino uno, a saber: Dios" (San Mateo, XIX, 17). El solamente se creyó parte de Dios, de la Naturaleza, o como sea el nombre que se le quiera dar a la fuerza universal de que todo depende. Tratar de comprender nuestra unión con esa fuerza, con la Voluntad Infinita, es el más grande y también el más noble de los esfuerzos humanos. Como dice Amado Nervo: "¿Cuál es la más sublime empresa? La de encon-

trar a Dios dentro de sí mismo". El día en que gracias a nuestro progreso espiritual lleguemos a comprender que somos parte integrante del Todo (Dios), ese día amaremos a Dios y al prójimo con amor intelectual, es decir, con amor consciente. El Destino es la obra de Dios, y por lo tanto al comprender el Destino, amaremos también a Dios conscientemente. Pero mientras nos creamos separados del Todo, mientras no comprendamos o no sintamos que somos parte de El (hijos de Dios, de la Naturaleza), es indicio de que aún no hemos comprendido el Destino, o sea a Dios, y por lo tanto nos sentiremos esclavos del Destino, de Dios. Como no se puede amar a quien nos tiraniza, el amor a Dios que predican las religiones es ficticio, falso. La idea teológica de un Dios personal a quien debemos temer y al mismo tiempo amar, es absurda. No se puede lógicamente amar lo que nos inspira temor, lo que no podemos comprender, a menos que no sea con un falso amor hipócrita, de seres posesos de una abyección patológica. Por otra parte, no es posible comprender el Destino, o sea a Dios, sin al mismo tiempo amarlo. El verdadero amor a Dios es el amor al prójimo, el amor al Destino: el *amor fati* de que nos habla Nietzsche.

La idea de la comprensión de Dios implica también nuestra libertad, pues siendo Dios y el Destino una misma cosa, tan pronto como lo com-

prendamos, sabremos que somos igualmente parte de Dios, esto es, parte del Destino, y consecuentemente nos sentiremos libres. Siendo el *Bien* y el *Mal* sólo relatividades, se sigue que debemos no sólo perdonar las faltas del prójimo, sino también amarlo. Lo que denominamos *Mal* está en el Destino; mas mi empeño en acabar con lo que denominamos *Mal*, está también en el Destino. Debemos, pues, oponernos a las injusticias, pero sin emplear violencias y sin manifestar odios, tal cual lo hacían Jesús y Buda. Los latigazos a los mercaderes del Templo y otras barrabasadas atribuídas a Jesús y en que aparece éste contradiciendo su propia doctrina, son completamente apócrifas, como ya lo dejaremos demostrado a su tiempo. Por otra parte la resignación inconsciente, tal como la predican las religiones, es, a más de hipócrita, absurda, lo que hay que hacer es tratar de comprender lo que denominamos *Mal*. Pero esto último debe comprender también mi rebeldía, mi necesidad de acabar con él. Y esa necesidad de acabar con el *Mal*, o lo que yo así denomino, está también en el Destino. Los maestros de escuela nos dicen que sin el castigo no adelantan los discípulos, y los legisladores nos aseguran que sin el castigo no se reforman los criminales. Las estadísticas atribuyen a la pena de muerte la disminución de los asesinatos en los tiempos pasados, y

también se deben haber disminuido los robos con la antigua costumbre de cortarle los brazos a los ladrones. Todo esto es condenable, pero también explicable. Asimismo, la prostitución, el licor, el tabaco y demás vicios, se eliminarán automáticamente, acabando con los que los tienen. Las naciones y las razas viciosas se han eliminado a sí mismas. Pero ello no quiere decir que la pena de muerte, los castigos y los vicios sean buenos, sino que fueron en una época la alternativa en determinadas circunstancias. Ello no es un expediente para disculparlos y ni aún menos para practicarlos, pero sí para comenzar a explicarnos el Destino. Todo lo que llamamos *Mal*, en el pasado, fue necesario. Nuestro deber en el presente es adquirir sabiduría para hacer que el mal, en el futuro, no continúe siendo necesario. Tanto el *Mal*, como mi empeño en acabar con él, están en el Destino. Un esfuerzo intelectual de todos los hombres para comprender el Destino llevaríanos así al mayor grado posible de igualdad, conduciéndonos por el camino de nuestra redención. Tanto Jesús como Spinoza, reconocían que la idea del *Mal* no está en otra parte sino dentro de nosotros mismos. "De suyo no hay nada inmundo: mas aquel que piensa una cosa ser inmunda, para él es inmunda" (Romanos, XIV, 14). Así vemos que a la presencia de un perro muerto que todos execraban, lo único

de particular que le halló Jesús fue la belleza de sus blancos dientes. Se ve que el Maestro había alcanzado un alto grado de perfeccionamiento.

Como dijimos, las citas evangélicas en que se hace aparecer a Jesús contradiciendo su filosofía del perdón son completamente apócrifas, pues de otra manera esa doctrina dejaría de ser lo que es. Todo lo que existe, todo lo que ha existido, es la obra del Destino, esto es, la obra de Dios. Por lo tanto las injusticias, los daños pasados, no nos debieran causar odio, pero sí debieran servir de experiencia para impedir que se continuasen sucediendo. Los males del pasado no los debemos mirar como tales, sino más bien como necesarios para la evolución. Convengamos en que lo sucedido no pudo dejar de suceder, y en que fue también necesario. El reconocimiento de este hecho nos proporcionará conformidad consciente, que es una cosa muy distinta de la conformidad fatalista que nos ordena, la teología. Esa conformidad fatalista que recomiendan las religiones podrá servir de consuelo para los esclavos, pero no para los hombres dignos de llamarse libres. Es la conformidad consciente hija de la razón, de la sabiduría, de la comprensión del Destino, la única que satisface a los hombres verdaderos. *Creer* que todo lo que sucede en el mundo es para nuestro bien, no resuelve el problema. La cuestión es *saber* por qué todo lo

que sucede es para nuestro bien. Y es en ello, precisamente, que está el secreto de la sabiduría. Tratemos, pues, de comprenderlo todo. No hagamos de la historia un campo de batalla, sino tratemos de comprenderla. Por grande que sea la repugnancia que me inspiran los inquisidores que supliciaron a Giordano Bruno, debo reconocer que sin ese suplicio, hasta el nombre de Bruno estaría ya olvidado. Además, ese suplicio ha contribuido más al esclarecimiento de la verdad que las mismas obras del nolano. Convengamos en que el mal del pasado fue necesario e inevitable, pues estaba en el destino. Lo que sí nos debiera hoy preocupar es el mal del futuro, pues éste lo podríamos reducir y hasta evitar, si fuésemos más inteligentes. No han faltado historiadores que, con sobra de lógica, han apuntado lo mucho que la humanidad tiene que agradecer a Judas, Caifás, Herodes y a todos los que tomaron parte en el drama del Gólgota. ¿Dónde estaría hoy la doctrina de Jesús sin ese drama? Los tiranos obran por voluntad divina, pero mi rebeldía contra los tiranos es también hija de la voluntad divina, y aun en una forma más elevada. Los tiranos son como las tempestades, que destruyen muchos árboles, pero que también, aunque inconscientemente, son una sacudida que hace vivificar la Naturaleza en general. El tirano, como el dolor físico, es la advertencia de un peligro

mayor. Su existencia, como la del gusano en la fruta, presupone un medio ya corrompido que hay que cauterizar. Ya sé que es mejor obrar por voluntad divina, como libertador, que como tirano: mas en ello, como en todo, el castigo va unido al pecado, y la recompensa a la buena acción. Evitemos las tiranías, pero no odiemos a los tiranos, pues éstos son inconscientes como los terremotos, como las tempestades, como las epidemias. Su existencia sirve para advertirnos que en el estado social hay algo corrompido que se debe segregar para salvar el cuerpo. De modo que los tiranos, a su manera, son una variante (la forma menos desfavorable posible) en el progreso evolutivo de la humanidad. Tan hijo de Dios fue Jesús, como lo fueron Tiberio, Herodes, Caifás, Judas y Poncio Pilatos. Sólo que a Jesús le fue encomentada una misión más noble que a los otros. Los gusanos devorando cuerpos putrefactos ejercen también una misión de limpieza, y aunque no los aprobemos, no por ello dejemos de reconocer su necesidad. Jesús favoreció la evolución por medio del amor, y Tiberio, por medio del terror. Esa es toda la diferencia que existe entre el apóstol y el tirano...

Tanto Jesús como Spinoza reconocían que la única manera de amar a Dios consiste en amar al prójimo, porque éste es también parte de Dios.

Debemos, por lo tanto perdonar las faltas del prójimo, pues, además, nadie hace mal por culpa suya, sino debido a la mala educación (ignorancia) o a la mala herencia (perversidad). Al igual de Spinoza, Jesús reconoce también que somos instrumentos del Destino. Por eso nos dice: "Todo aquel que comete pecado, es siervo del pecado" (San Juan, VIII, 34). En otros términos, cuando pecamos, no somos libres, pues obramos como instrumentos del Destino. "Porque nadie vive para sí ni muere para sí" (Romanos, XIV, 7, I Corintios, VI, 19, 20). Ya vimos que al ser llevado a la presencia de Pilatos, éste le interrogó: "¿No sabes que tengo potestad para crucificarte y que tengo potestad para soltarte?". Y encerrando en pocas palabras un mundo de sabiduría, el Maestro le contesta: "Ninguna potestad tendrías contra mí, sino te fuese dada de lo alto" (San Juan, XIX, 11). Es, pues, Dios, la causa de todo, tanto de lo que llamemos *Bien*, como de lo que llamemos *Mal*. Es Dios, el Destino, quien hace que ***llueva por igual sobre justos y pecadores***. El astrónomo americano Larkin nos da cuenta de un manuscrito de San Isas encontrado en un monasterio del Tibet. San Isas es, según unos, Jesús, y según otros, un discípulo de Jesús. Entre otras cosas dice dicho manuscrito: "El Espíritu Infinito es el alma de todas las cosas que viven y tú cometerás grave pecado atribuyen-

do a él parte del *Bien* y parte del *Mal*, pues Dios no está animado sino para el *Bien*". Ello quiere decir que todo lo que sucede, hasta lo que llamamos *Mal*, y aun nuestra rebeldía contra las condiciones del medio, es bueno, aunque no siempre lo parezca así. Debemos tratar de comprender el Destino. Todo lo que existe está bien, pues es la obra del Destino. Mas mi rebeldía contra lo que yo considero malo existe, y, por lo tanto, es también buena, pues esa rebeldía está igualmente en el Destino. Hasta el sufrimiento es necesario, pues él nos purifica el alma y nos enseña a progresar intelectualmente: "Estrecha es la puerta y angosto el camino que conduce a la vida" (San Mateo, VII, 14). En ese aspecto, tanto la moral de Buda, como la de Jesús, y también la de Spinoza, están de acuerdo, según dijimos, con las ciencias biológicas modernas: la adaptación.

Dios es el Destino, y éste lo llama Jesús *ley de Dios*, o simplemente la *ley*, del mismo modo que Spinoza lo llama *Ley de la Sustancia*. De modo que cuando Jesús dice *ley*, no se refiere a las leyes humanas, que él tanto detestaba, sino al Destino. Jesús enseña que los hombres no están condenados al fuego eterno del infierno, pues "todos los pecados serán perdonados a los hijos de los hombres" (San Marcos, III, 28). Además, "Jesús no fue enviado por Dios para condenar a los hom-

bres, sino para salvarlos" (San Juan, III, 17). La teología de Jesús es completamente panteísta, ya que el Maestro galileo por quien más se preocupa es por la oveja descarriada (San Mateo, XVIII, 13). Todo lo que ha sucedido en el mundo fue necesario; sólo que nuestra deficiencia intelectual no nos los deja comprender así. Pero esa deficiencia es también necesaria, pues es debido a ello que sufrimos más, y el sufrimiento nos obliga a progresar.

La evolución es un mecanismo de ajuste. La vida humana es sufrimiento, el sufrimiento físico nos hace desarrollar la inteligencia para buscar por medio de ella un lenitivo. Pero la inteligencia crea también el dolor espiritual, y éste, a su vez, busca un consuelo en la sabiduría, que es lo que nos hará comprender el Destino, pues sólo la comprensión del Destino puede conducirnos a la libertad, a la redención. Todo esto quiere decir que mientras no seamos sabios y virtuosos, el sufrimiento continuará siendo una necesidad. Por lo tanto, es inútil el empeño humano en querer eliminar el sufrimiento, sin antes abolir su causa, que es la ignorancia, el vicio, el egoísmo. El dolor económico, político y fisiológico por que actualmente atraviesa la humanidad, es hijo de nuestra ignorancia, o sea de nuestra incompetencia para acabar con el egoísmo, con las guerras, con la in-

justicia social y con los placeres viciosos que nos degeneran y enferman. El grado de nuestra infelicidad se medirá siempre por el de nuestra ignorancia, así como el grado de nuestra libertad futura se medirá por el de nuestra inteligencia. De ahí que no sea Dios (la Naturaleza, el Destino, o como se le quiera llamar) quien nos castiga, sino que nosotros llamamos *castigo de Dios*, los medios de que se vale la evolución para poder hacernos libres, felices. Así vemos que en realidad Dios no castiga; lo que sucede es que, como dijimos, la evolución es un mecanismo de ajuste. Esto seguramente lo sospechaba ya el profeta más sabio del Viejo Testamento cuando exclamó: "Dios hace grandes cosas que nosotros no entendemos (Job, XXXVII, 5).

Tales eran, indudablemente, las ideas filosóficas que intrigaban la mente del fundador del cristianismo. A mi juicio, el judío de Amsterdam fue el mejor exponente —tanto en teoría como en la práctica— que tuvo el judío de Galilea. Spinoza ha sido el primero en dar la razón a Jesús, demostrándonos matemáticamente la exactitud de la filosofía panteísta. Indudablemente que la redención espiritual de la humanidad, iniciada por Jesús, tendrá su corolario en la redención intelectual emprendida por Spinoza. Es una misma moral la de ambos; la única diferencia consiste en que el uno

la enseña con el corazón, y el otro, con la razón. O, hablando en términos metafísicos, para el uno es a priori, y para el otro a posteriori. El uno *sintió* que se debía perdonar, y el otro *comprendió* que se debía perdonar. El primero *sintió* que era hijo de Dios, y el segundo *comprendió* que era hijo de Dios. Si Spinoza hubiese nacido en el siglo I, y Jesús en el siglo XVI, Jesús habría sido el excomulgado y Spinoza el crucificado...

En su obra, *Spinoza et Ses Contemporains* (Hannover, 1895, pág. 335), refiere León Brunschwig haber leído en el *Catalogue des manuscripts de Leibnitz* una cita de Tschirnhaus, quien afirma haber oído de los propios labios de su maestro Spinoza esta significativa declaración: "Jesús es el filósofo por excelencia". Mas no es de extrañar esta declaración si se considera que en su primer libro filosófico *Tratado Teológico-Político*, Spinoza comienza la obra tomando la siguiente cita del Evangelio de San Juan: "En esto sabemos que estamos en el Padre y éste en nosotros; en que nos ha dado de su espíritu". El pensador de Amsterdam sabía que su hermano racial, el predicador de Galilea, era en el fondo un sabio, por más que los evangelistas, con sus errores y contradicciones, no supieran transmitirnos, en toda su pureza, aquella doctrina de perdón.

Yo abrigo la esperanza de que algún día venga

quien logre poner en orden, psicológicamente, los Evangelios, para que éstos puedan entrar en la filosofía. Ese día nos convenceremos de que Jesús, a más de apóstol de la humanidad, fue también uno de los más grandes filósofos que ha tenido el mundo...

JESUS REIVINDICADO
SU INADMISIBLE DUALIDAD

Et voilà justement comme on écrit l'histoire.

VOLTAIRE.

Para poder tener una idea de la autenticidad de los Evangelios habría primero que someter a una investigación imparcial de la manera como fueron escritos. William Ralph Inge, teólogo bíblico e historiógrafo de reconocida reputación, dice:

"El original en dialecto hebreo del Evangelio de San Mateo se perdió completamente. El Evangelio de San Marcos nos hace una narración de la vida de Jesús, pero dicho evangelista probablemente jamás llegó a ver al Maestro ni a oír una sola palabra de sus labios. San Marcos no hizo más que escribir lo que le dictaba San Pedro, quien era pescador de oficio y de quien no se tiene prueba alguna de que supiese leer ni escribir. San Lucas no fue tampoco testigo de los acontecimientos que relata. Las autoridades bíblicas están con-

testes en que San Lucas jamás llegó a ver al Salvador. San Lucas se hizo cristiano después de la muerte de Jesús, para seguir a San Pablo. San Juan, como San Pedro, era también pescador de oficio y, además, pariente de Jesús. El Evangelio de San Juan fue escrito, o, mejor dicho, dictado, de 57 a 77 años después de la muerte de Jesús, época en que San Juan estaba ya viejo, y su memoria, por lo tanto, no muy firme. En todo caso, la mayor parte del *Nuevo Testamento*, tal cual se le conoce hoy, no es original, sino que fue transmitido de memoria por espacio de varias generaciones, hasta llegar a ser escrito en pergaminos. en griego; pero esos pergaminos griegos no fueron escritos en vida de Jesús, ni aun siquiera en vida de los apóstoles o de las personas que conocieron a Jesús. El original más antiguo que existe del Evangelio data del año 350 de nuestra Era".

Con estos datos a la vista se comprenderá la necesidad absoluta —para conocer la verdadera historia de Jesús, y principalmente para conocer su filosofía— de ordenar los Evangelios psicológicamente, expurgándolos de las muchas contradicciones que contienen.

Debido a malas traducciones y peores adulteraciones, la *Biblia* y, particularmente, el *Nuevo Testamento* está plagado de contradicciones inadmisibles. Esas contradicciones hacen que "la figura

de Jesús aparezca en los Evangelios unas veces inmensa y otras, microscópica: la una es la más completa antítesis de la otra", según observa Couchaud.

El San Juan que nos presenta a un Jesús inmenso predicando la humildad, la caridad, la paciencia y recomendándonos: "Amaos los unos a los otros" (San Juan, XV, 12, 17), no puede ser el mismo San Juan que nos presenta a un Jesús microscópico que, furioso cual un energúmeno, les cae a latigazos a los mercaderes del templo (San Juan, II, 15).

El San Lucas que nos presenta a un Jesús inmenso, predicando: "Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen; al que te hiere la mejilla izquierda, preséntale también la derecha, y el que te quitare lo que es tuyo no se lo reclames jamás" (San Lucas, VI, 29, 30), no puede ser el mismo San Lucas que nos presenta a un Jesús microscópico, dando esta orden: "A aquellos de mis enemigos que no quieren que yo reine sobre ellos, traédlos acá y degolládlos en mi presencia" (San Lucas, XIX, 27), o diciendo: "El que no tenga bolsa tómesela, y también la alforja, y el que no tenga, venda la capa y compre espada" (San Lucas, XXII, 36).

El San Marcos que nos presenta a un Jesús inmenso, diciendo: "Todos los pecados les serán per-

donados a los hijos de los hombres" (San Marcos, III, 28), no puede ser el mismo San Marcos que presenta a un Jesús microscópico cometiendo la incalificable contradicción a su misión de apóstol propagandista, de decir que sus doctrinas no se deben propagar para que las gentes "no se conviertan y les sean perdonados los pecados" (San Marcos, IV, 12). Según ese San Marcos, el Redentor no quería que su redentora doctrina se conociese, para que las gentes no se fuesen a salvar...

El San Mateo que presenta a un Jesús inmenso, explicando en las Sinagogas su moral panteísta con tal pericia que hace exclamar a los sacerdotes: "¿Dónde aprendió este hombre tanta sabiduría?" (San Mateo, XIII, 54), no puede ser el mismo San Mateo que nos presenta un Jesús microscópico tan ignorante que se deja conducir por el Diablo a un monte muy alto para desde allí poder ver todos los reinos de la tierra (San Mateo, IV, 8); que nos asegura que "las estrellas caerán del cielo" cual manzanas del árbol sacudido (San Mateo, XXIV, 29); que se pone a *profetizar* cosas que jamás llegaron a realizarse, como aquello de que volvería al mundo antes de cumplirse una generación (San Mateo, XVI, 28; XXIII, 36; XXIV, 34, etcétera), o que cuando en su propia tierra le resultaron fallidos los milagros que quiso hacer, cual un mal pres-

tidigitador de feria, disculpa su falta de habilidad que atribuye a la incredulidad de sus coterráneos al exclamar: "No hay profeta sin honra sino en su tierra y en su casa" (San Mateo, XIII, 57). Y, finalmente, el San Mateo que pone en boca del inmenso Jesús este mandamiento: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo; este es el más grande de todos los mandamientos" (San Mateo, XXII, 39), no puede ser el mismo San Mateo que hace decir al microscópico Jesús: "No he venido a meter paz, sino espada; he venido para sembrar discordia entre los hombres" (San Mateo, X, 34, 35). Ni tampoco el mismo San Mateo que nos pinta al microscópico Jesús amenazando a los que no creyesen en él, con el fuego eterno del infierno, donde sería *el llorar y el crujir de dientes* (San Mateo, XIII, 42). Tanto desde el punto de vista intelectual, como desde el punto de vista moral, la creencia en el castigo eterno del infierno es tan infamante que deshonraría a un mismo cafre, al más perverso de los criminales... Es oportuno recordar que el infierno propiamente dicho *(Sholl)*, en el sentido del *Antiguo Testamento*, no existe en el *Nuevo Testamento*. En este último sólo se habla del *Valle de Gehena*, aunque San Mateo, como vimos, nos habla una vez del *horno*, donde será el llorar y crujir de dientes. Y todo para *concordar* con el *Antiguo Testamento*...

Es sabido que en todo ser humano se albergan dos sentimientos: el bueno y el malo; pero siempre prevalecerá el uno sobre el otro. Hay algo que hace a los hombres, y sin lo cual éstos no podrían entrar en la historia, y es la consecuencia, el carácter, que es lo que hace la personalidad. Podrá un tirano tener momentos de arrepentimiento interno: pero esos momentos son necesariamente fugaces, pues de otra manera no sería un tirano. Podrán aparecer pensamientos innobles en un hombre virtuoso, en un apóstol de moral; pero esos pensamientos, acallados por la voz de la conciencia, jamás llegarían a manifestarse en hechos, pues en tal caso el apóstol dejaría de serlo. Un ser cuya naturaleza moral fuese contradictoria y ambigua; un individuo en quien el principio del bien y del mal tuviesen igual control, carecería de consecuencia y sólo la consecuencia, así en el bien como en el mal, es lo que hace la personalidad. De modo que tal individuo no podría jamás entrar en la historia y aun con dificultad pudo hacerlo entrar Stevenson en la ficción con su novela *El extraño caso del doctor Jekill y M. Hyde*. Pero para el mundo real esa dual personalidad, como la del ya descrito Jesús microscópico y el Jesús inmenso de los Evangelios, sólo se consigue en los asilos de lunáticos. Para poder significar algo se requiere tener personalidad, y para tener ésta se requiere

poseer consecuencia en principios. Nada hay más que valga menos que un hombre inconsecuente, falto de sinceridad. Un predicador que viviese contradiciéndose no sería un predicador, ni menos un Dios, ni nada. Tal predicador no podría entrar en la historia, pues su nombre no valdría la tinta que se invirtiera en escribirlo. Si fuésemos a creer en el Jesús microscópico que nos pintan los evangelistas, empeñados en dar al Redentor una naturaleza dual a lo Jekill e Hyde, más valiera entonces borrar el nombre de Jesús de la mente humana. Por fortuna, muriendo en la cruz, Jesús mostró que estaba muy lejos de ser el inconsecuente que los evangelistas del Jesús microscópico quisieron presentarnos.

Por otro lado, las partes del *Nuevo Testamento* en que se hace aparecer a Jesús microscópico, inconsecuente y contradictorio son tan insignificantes, que se vuelven imperceptibles comparadas con el enorme volumen de la doctrina moral del Jesús inmenso. No hay duda de que las partes bíblicas del Jesús microscópico fueron interpolaciones tendenciosas, traídas por los cabellos, y, muchas de ellas, copiadas del *Viejo Testamento* para hacerlo concordar con el *Nuevo Testamento*. En todo caso, si contamos la opinión de cada uno de los cuatro evangelistas veremos que hay siempre sólo uno de ellos que pinta al Jesús microscópico, contra tres

que le niegan esa *microscopidad.* Por ejemplo, San Juan es el único evangelista que hace aparecer a Jesús dando latigazos en el templo, hecho que San Lucas, empeñado siempre en poner las cosas en orden, ni siquiera menciona, en tanto que San Mateo y San Marcos sólo dice que echó a los mercaderes del templo, sin mencionar latigazos. Así tenemos a tres evangelistas contra uno, negando con su silencio lo de los latigazos.

Semejante cosa pasa con aquello del degüello, y que fue interpolado por San Lucas para disculpar con una cita bíblica los excesos a que el fanatismo había conducido ya a los cristianos. Pero los otros tres evangelistas, con su silencio, niegan implícitamente lo de tal degüello. Lo que tenemos que comprar espadas sólo lo refiere San Lucas, pues los otros tres evangelistas, con el silencio, descalifican tal historia. Lo de no predicar las redentoras doctrinas a fin de impedir que las gentes, practicándolas pudiesen salvarse —inadmisible muestra de la más estúpida mala fe— lo interpoló San Lucas para hacer concordar su Evangelio con el profeta Isaías (Isaías, VI, 10). Mas los otros tres evangelistas desaprueban esa interpolación con el silencio... La idea del infierno fue obra exclusiva de San Mateo, y negado por el silencio de los otros tres evangelistas. Lo de humillar a los enemigos lo copió San Mateo (XXII, 44) de los Sal-

mos de David (Salmos, 110, 1); lo de que había venido tan sólo para meter enemistad y discusión entre los hombres, también lo copió San Mateo de los profetas Miqueas (VII, 6) y Malaquías (IV, 5, 6) para hacer concordar su Evangelio con las *predicciones* de dichos profetas. Y lo mejor es que todas estas interpolaciones de San Mateo, implícitamente las desaprueban con su silencio los otros tres evangelistas. San Mateo se ganó la palma de ser el más complaciente de los evangelistas. Fue también el que tomó más empeño en hacer concordar esas dos cosas incompatibles: el *Viejo* con el *Nuevo Testamento*, o sea, el Jesús microscópico con el Jesús inmenso.

De todo lo dicho hasta ahora tenemos que cada pequeñez atribuida a Jesús por alguno de los evangelistas ha sido negada con el silencio de los otros tres. Ello quiere decir que el Jesús microscópico está en relación de uno contra tres con el Jesús inmenso. En cambio, en las partes en que aparece el Jesús inmenso predicando su doctrina de amor y de perdón, como el *más grande de los mandamientos*, como *un nuevo mandamiento*, están contestes los cuatro evangelistas entre sí, sin discrepar uno solo. Dichas partes, dichas doctrinas, tampoco fueron interpoladas, pues son completamente desconocidas en el *Viejo Testamento*. Consecuentemente, entre los dos Jesús: el inmenso, que ama

y perdona, y el microscópico, que odia y condena, claro, que el primero es el verdadero, y el segundo el apócrifo...

Respecto al empeño de hacer concordar los Evangelios con el *Viejo Testamento*, debemos agregar que no solamente tiene por miras mostrar la divinidad de Jesús con profecías, esto es, con milagros, sino también, y muy particularmente, la de cohonestar los excesos a que se entregaban los llamados cristianos. Pero el hecho de que las frases que aparecen en el *Nuevo Testamento* para concordar con el *Viejo Testamento*, sean literalmente exactas, prueba que fueron copiadas, interpoladas. Tratándose de un milagro, tal exactitud sería favorable; mas como la historia moderna no reconoce milagros, resulta que esa exactitud sirvió precisamente para demostrar que fueron interpoladas, y por lo tanto un fraude.

El doctor George M. Lamsa, famoso investigador bíblico, nativo de las montañas del Kurdistán, donde se habla todavía el arameo, el idioma de Jesús, ha publicado un libro, *Mi vecino Jesús* (Harper Bross, New York), en que apunta algunos de los muchos errores que las traducciones de la *Biblia* han venido cometiendo. Aunque está generalmente admitido que las doctrinas de Jesús, cual aparecen en los Evangelios, fueron en su mayor parte escritas originalmente en griego e inspirados

por la filosofía platónica, el doctor Lamsa sostiene que existen partes de esa doctrina escritas originalmente en arameo. Uno de los errores de la traducción que aparece en los *Evangelios*, es donde dice: "Primero entra un *camello* por el ojo de una aguja..." El original no dice *camello*, sino cable. Pero como camello y cable se dicen lo mismo en dicho idioma, los traductores tomaron la acepción *cable* de dicha palabra. "Bienaventurados los pobres de *espíritu*...", fue otra mala traducción. Como dice el original en *pobres de orgullo*, es decir, los humildes: "Bienaventurados los humildes...". Finalmente, *Eli, Eli, lama sabachthani*, que en las versiones griegas y en la *Vulgata Latina* viene apareciendo como "Padre mío, por qué me habéis abandonado", es, según el doctor Lamsa, otro error, pues el original arameo dice: "Dios mío; este ha sido mi destino". La palabra *lama* (por qué), como aparece en el original es *Imana*, cuyo significado es: *por* o *para esto*. En arameo, *sabachthani* no significa *abandonar*, sino *destinar*. El error provino del empeño que se tomó en hacer concordar las citadas palabras de Jesús con el salmo 22. Dicho salmo no contiene en realidad la palabra *bachthani*, sino la palabra *azavtani*, que sí significa *abandonar*. Véase, pues, a cuántos errores conduce el empeño de hacer concordar el *Viejo* con el *Nuevo Testamento*..."

El objeto de hacer aparecer esas concordancias es, como se comprenderá, el de darles a los Evangelios una aureola de milagrosos; mas eso de *milagros* es algo que en nuestros tiempos ha perdido por completo importancia. La historia moderna no entiende de milagros. La lógica, el método inductivo han servido para clarificar muchas páginas de la historia antigua, que las contradicciones y los mitos tenían oscurecidas. Mommsen, el padre de la historiografía moderna colocando una al lado de otra las historias de Aníbal por Polibio, por Tito Livio y por Plutarco, logra presentarnos una historia del gran capitán cartaginés que está más cerca de lo que ha debido ser la verdadera que ninguna otra. ¿Por qué no tratar de establecer una historia de Jesús y de la naturaleza de su doctrina empleando el mismo método que Mommsen? Eliminemos los portentos, los milagros, y en cuanto a las contradicciones, sometamos esos puntos a la mayoría de votos. Ya veríamos que de hacer esto último con los Evangelios, lo del degüello, lo de las espadas, lo del infierno, y en fin, todo aquello en que se hace aparecer a Jesús en contradicción con su propia doctrina, quedaría automáticamente eliminado. Su doctrina, así resplandeciente en toda su pureza, nos mostrará que es tanto o más importante que su vida.

La historia nos ha dejado muy poco acerca de

la personalidad de los grandes escultores griegos que nos legaron sus mármoles inimitables. Sin embargo, estos últimos nos dicen más de sus autores que lo que todos los textos de historia pudieran decirnos. Eso mismo se podría aplicar a Jesús, pues es su doctrina lo que más nos interesa. Y así como la crítica ha podido establecer cuáles son las obras escultóricas originales de los grandes griegos, y cuáles son solamente copias o apócrifas, portadoras en el zócalo —para los efectos de la venta— de un nombre bien sonante, pero falsos, asimismo la crítica tiene el derecho de establecer cuáles fueron las verdaderas doctrinas de Jesús y cuáles las falsas y contradictorias que los evangelistas pusieron indebidamente en su boca, muchas veces copiadas literalmente del *Viejo Testamento* e interpoladas en el *Nuevo Testamento* para hacer que ambos concuerden...

Suponiendo que en un viejo archivo se encontrara un manuscrito atribuído a Colón, y en que éste dijera que él nunca se atrevería a navegar por el mar océano, pues convencido como estaba de que la Tierra era plana, se expondría a que al llegar al borde, su buque rodara por el abismo. Claro que dicho manuscrito lo reputaríamos de apócrifo, pues Colón, con sus hechos, demostró estar convencido de todo lo contrario de lo que contiene el supuesto manuscrito. Porque si tuviésemos que resolvernos, o

por Colón que dijese que la Tierra es redonda, o por otro Colón que dijese que es plana, es lógico que este último sería el apócrifo y el primero el verdadero. Asimismo, entre el Jesús inmenso que perdona y ama, y el microscópico que odia, condena y aborrece, este último es el apócrifo y el primero, el verdadero. Cualquier patán es capaz de odiar, de degollar, de condenar, de dar latigazos, de amenazar con el infierno; pero muy pocos son los espíritus bastante nobles para amar, para perdonar y para morir rogando por sus victimarios. De modo que nos asiste perfecto derecho a pedir que se declaren apócrifas todas aquellas citas evangélicas en que se hace aparecer a Jesús inconsecuente y contradiciendo su propia y principal doctrina: *Ama a tu prójimo como a ti mismo.* La retórica de todos los sofistas no será jamás suficiente para negar la grandeza del que predicó y practicó ese mandamiento que tampoco se puede destruir de una sola plumada, como creen algunos ilusos. Bien dice Rosseau: "Si Jesús no hubiese existido, los que inventaron su doctrina merecerían ser tan grandes como él". Pero despreocúpese el noble pensador ginebrino, pues en la época de Jesús —ni probablemente en ninguna otra época— pudo haber quien fuese capaz de haber creado esa doctrina, sino uno solo, a saber, el que predicó con tal firmeza, que fue por ella crucificado en el Gólgota donde expiró perdonando a sus victimarios.

Creo que más útil que negar la existencia de Jesús habría sido una campaña para tratar de expurgar los Evangelios de sus mitos y contradicciones a fin de salvar para la historia la verdadera doctrina de Jesús. Afirma Hume que "sí queremos conocer la historia antigua tendremos que borrar de sus páginas lo de sobrenatural que contiene". El medio de eliminar las contradicciones, en lo posible, ya nos lo dio Mommsen, aplicando ante la igualdad de posibilidad de ley de la mayoría como vimos. Emil Ludwig, tras un extenso estudio en la materia, llega a la siguiente conclusión: "La mayor parte de las contradicciones en los Evangelios proviene del desorden en que éstos fueron escritos. Ordéneselos psicológicamente y ya veremos que son lógicos. Es entonces que comenzaremos a comprender también la verdadera vida de Jesús". Si procedemos de esta manera veremos que en el fondo de los Evangelios brilla un oro tan puro, que sería un crimen desecharlo tan sólo porque allí, como en la mina, esté completamente virgen; esto es, mezclado con el cuarzo, impuro. Libremos, pues, a los Evangelios de sus mitos y de sus contradicciones para que podamos reconocer su verdadero valor. Emil Ludwig ha tenido gran éxito al ordenar psicológicamente los Evangelios para hacerlos entrar en la literatura. Falta ahora quien los ordene psicológicamente para la historia y particularmente para la filosofía. Será entonces que podremos llegar a saber quién fue verdaderamente Jesús.

APUNTES PARA LA HISTORIA

La verdad es una fruta muy rara, pero más rara aún, es encontrar quien la pueda digerir.

POMPEYO GENER.

Para poder formarnos una idea real de quién fue Jesús convendría analizar primero su múltiple figura, que desdoblada así, se nos presenta en una verdadera trinidad: en pensamiento, en acción y en trascendencia, o sea, 1º el *Jesús Filósofo* (el Padre de una idea); 2º el *Jesús Héroe* (el hijo o sostenedor de esa idea) y 3º el *Jesús Trascendental* (el espíritu que hace conducir esa idea a través de los siglos). Empleando términos menos místicos diremos que en el primer caso tenemos al filósofo, al pensador creando un admirable sistema filosófico basado en la doctrina del amor y del perdón. En el segundo caso tenemos al héroe enfrentándosele con pasmosa rebeldía a la injusticia imperante, hasta llegar al sacrificio, en defensa de esa doctrina de amor y de perdón. En el tercer caso tenemos

al personaje divino y trascendental creado por la ignorancia y la superstición de los fanáticos quienes, de ese modo, y sin darse cuenta de ello, hicieron que esa doctrina y esa filosofía maravillosas atravesara los siglos hasta llegar a nosotros. Porque ¿dónde estarían hoy la filosofía y la doctrina de Jesús, si los apóstoles no le hubiesen inventado al Maestro esos milagros que atrayéndole un grupo suficientemente grande de fanáticos prosélitos, fueran la base de una poderosa religión? Cierto que ésta nos trajo también la Inquisición y la Edad Media; mas no acusemos a la historia: comprendámosla.

Es sabido que el cristianismo, tal cual se lo conoce actualmente, ninguna importancia sincera le da a la filosofía del perdón ni a la doctrina del amor predicadas por Jesús. Precisamente el *Jesús-Filósofo* no existe para el cristianismo. La iglesia cristiana ni siquiera sabe en qué consiste ese sistema filosófico de Jesús que pudo maravillar a todo un Spinoza, y que desarrollado en sus vastas consecuencias —como lo trataremos de hacer a su debido tiempo— veremos que no tiene rival en el mundo. En cuanto al *Jesús Héroe,* tampoco goza de mucha importancia en la liturgia cristiana que sólo se sirve de él para los efectos de la propaganda sectaria mostrando cuanto supo sufrir Jesús por ella. Cierto que esa religión no se cansa de predicarnos a los demás la doctrina del amor, la piedad y el

perdón; pero no es menos cierto que en sus hechos ha mostrado ser la antítesis de dicha doctrina, esa religión que con sus odios, sus crueldades y sus venganzas ha vuelto tenebrosas no pocas páginas de la historia. Porque la verdad es que para el cristianismo, sólo tiene importancia práctica el *Jesús Trascendental*, el *Jesús Dios*, esto es, el *Jesús Milagroso*. "Jesús es grande porque es Dios, y es Dios porque se nos reveló así a los hombres por medio de milagros". Tal es, en síntesis, la base en que descansa la religión cristiana, pero también la base en que descansaron igualmente todas las demás religiones: el milagro. Despójesele de sus milagros y el cristianismo ya no existiría más. Loados sean, pues, los milagros que hicieron llegar hasta nosotros la filosofía de Jesús; filosofía que de otro modo se habría extinguido ya junto con el perfume de aquellas fragantes florecillas que adornaban los alegres campos que él frecuentaba al transitar en su nativa Judea. La milagrería y el fanatismo fueron, pues, "parte de aquella fuerza que siempre quiere el mal y que siempre crea el bien", como se dice en el *Fausto* de Goethe. ¿Por qué verlo todo del lado malo y no del lado bueno? El fanatismo que crucificó a Jesús en el Gólgota, que quemó a Bruno en Roma y que excomulgó a Spinoza en Amsterdam, encendió los focos de luz más brillantes que vienen alumbrando al hombre en el camino de su evolución!. . .

Pero ya el fanatismo y la milagrería parecen haber cumplido su misión y es tiempo de que se retiren de la escena. Salvada la filosofía y la doctrina de Jesús para nuestra generación —que proclama haber llegado ya a ser mayor de edad— los milagros huelgan por inútiles e innecesarios. Descartada así su misión del *Jesús Trascendental* sólo nos queda el *Jesús Filósofo* y el *Jesús Héroe,* o sean las dos formas más importantes que tiene la noble figura del maestro de Galilea. Pero antes de tratar de éstas, fáltanos hacer aún algunas observaciones.

Para conocer el lugar que corresponde a Jesús en la historia, es menester librarla de toda mitología. Porque una cosa fue Jesús, y otra la llamada *religión cristiana* que tanto en sus medios como en sus fines es todo lo contrario del abnegado apóstol. Sabido es que dicha religión tuvo su existencia fundándose en las doctrinas del Redentor; mas la verdad es que con el aumento de dogmas, ritos, ceremonias y otras cosas muy mundanas que se le fueron agregando, las doctrinas y las sectas se han venido divorciando, pudiéndose decir que en la *secta la letra mató al espíritu...*

Para cohonestar esto, muchos cristianos señalan el creciente aumento de sus prosélitos que, numéricamente, parece que al fin se impondrán en todo el mundo. Tal cosa la consideran como una muestra de que la suya es la única religión verdadera. Esos

cristianos parecen ignorar que a la verdad, a la moral, no se llega por imposición, y que el proselitismo no ha sido nunca eficaz para conocer de los méritos de una idea, así sea en política como en religión. "Quien quiera conocer la verdad, no debe contar los votos", ha dicro Leibnitz. Es cierto que el cristianismo aumenta en prosélitos, pero no es menos cierto que siguiendo una conocida ley de física, a medida que aumenta en extensión, disminuye en intensidad. Es como una pompa de jabón que se infla cada vez más de viento, pero cuyo fin no es ya difícil de prever. La prueba de ello es que junto al *aumento* de prosélitos cristianos, nótase una correspondiente *disminución* en el entusiasmo de éstos, quienes comienzan ya a fijarse en el hecho de que veinte siglos de estarse predicando el amor de los unos a los otros no han servido para adelantar nada en esa dirección. La guerra mundial que estalló en 1914 entre todas las principales naciones cristianas ha creado, con razón, mucha duda y mucho pesimismo entre los que creían, o querían hacer creer, que Jesús había salvado por medio de milagros a la humanidad. De tal manera ha decaído el entusiasmo cristiano, que ya comenzamos a extrañarnos de que a mediados del siglo pasado Ernesto Renán hubiese interesado vivamente la atención del público escribiendo su *Vida de Jesús*. Hoy tal empresa sería prepóstera, como necesariamente ha tenido que serlo la de

Papini "escribiendo", dice Joseph McCabe, "una *Vida de Jesús* con un falso sabor científico histórico que no es lo uno ni lo otro y que sólo encontró aplauso entre los cristianos, contentísimos de ver que aun haya quien escriba vida de Jesús con visos de seriedad histórica"... Sin embargo, esas historias, particularmente la de Strauss, que fue la primera y la más clásica de todas, han servido también para que hasta los mismos cristianos comiencen a hacerse la siguiente reflexión que hace medio siglo jamás se les habría ocurrido hacerse: "*¿Quién fue Jesús?*"

LA HISTORIA Y LA LEYENDA

La paradoja encargada de dividir los criterios con respecto a Jesús, se manifiesta en todo sentido y los hombres, en vez de buscar un justo medio para tratar de solucionar el problema, la dificultan cada vez más con extravagantes hipérboles, pues si de un lado convierten a Jesús en un Dios, del otro lo acusan de la Edad Media, etc. Lo más curioso es que entre los que lo acusan de estas cosas los hay tan fanáticos que, como Binet Sanglé y Emilio Bossi, llevan su fanatismo hasta sostener a un mismo tiempo que Jesús nunca existió. Hacen cual los inquisidores, quienes no conformes con matar a la víctima, luego descuartizaban y echaban sus restos al fuego. Me parece que el colmo del fanatismo y de la contradicción, es negar la existencia de una persona, y al mismo tiempo acusarla de hechos punibles. Pero no solamente escritores de la clase de Bossi, sino también verdaderos hombres de ciencia, críticos de nota, historiadores de indisputable fama, han escrito libros muy eruditos para demostrar que Jesús nunca existió. En la compendiosa obra "El Mito de Jesus" del historiador

Drews, he podido contar más de cien citas de otros tantos eminentes cientistas quienes le apoyan en su tesis. Confieso que de todos esos nombres, el que más me impresionó fue el de Georges Brandes, cuya autoridad es una de las que mayor respeto me inspiran. Entre las obras que he leído encaminadas a defender la existencia de Jesús me parecieron notables, por la elegancia literaria, la de Emil Ludwig, "El Hijo del Hombre", por lo sucinta y amena en la forma, la de Joseph Mc Cabe, "¿Es cierto que Jesús Existió?" y por la fuerza de lógica imparcialidad y documentación, la de Fred C. Conybeare, "El Jesús Histórico". Conybeare desmenuza hasta volver añicos, la obra de Smith y principalmente la de Robertson, en que éstos niegan la existencia de Jesús.

Pero, dirá el lector "¿cuál es el empeño de negar la existencia de Jesús ". La empresa no puede ser más tentadora si nos fijamos bien en lo deleznables que son las bases en que descansa toda la armazón de la teología cristiana. Según algunos, ese empeño es puro exhibicionismo, pedantería, deseos de buscar notoriedad. Otros, con mejor tino, opinan que en ese empeño hay cierto fondo de fanatismo: se ha descubierto que son muy débiles las piernas que sostienen a un enorme gigante que mucho prometió y que nada ha cumplido. De todo ello podrá haber un poquito: en la obra de Robertson, con el exceso de erudición mitológica,

tenemos prueba de lo primero, y en la de Bossi, con el exceso de fanatismo, tenemos prueba de lo segundo. Pero debemos admirar también que a los que niegan la existencia de Jesús, les asisten argumentos de peso que no podemos descalificar sumariamente, como veremos a su debido tiempo. Además, ni a Drews, ni a Brandes se les puede imputar fanatismos ni mucho menos exhibicionismos que no necesitan. Hay, pues, que estudiar el pro y el contra del problema con entera imparcialidad, para poder ir formándonos un concepto claro que nos acerque a su solución.

Pero antes de pasar adelante, séanos permitido examinar algunos puntos generales acerca de la controversia suscitada alrededor de la existencia de Jesús. Los que la afirman aducen que es imposible que se haya podido inculcar con tanta firmeza en la mente popular en toda Europa y América, la idea y la historia de un personaje que no hubiese existido realmente. Sin embargo, hay pruebas de que sí es posible; el caso no es extraño ni en las religiones ni en la política. El historiador y crítico Brandes, en su "Mito de Jesús", nos da con *Guillermo Tell*, un ejemplo de ¡cuán fácil es crear en la fantasía popular un héroe mitológico y cuán difícil se hace luego desarraigarlo! Por espacio de más de un siglo, eminentes historiadores, incluso no pocos suizos, vienen sosteniendo que Guillermo Tell jamás llegó a existir, y que lo de la manzana

tumbada de un flechazo de la cabeza de su hijo, y lo de la otra flecha que el mitológico héroe guardaba para el déspota gobernador si hería a su hijo, fue todo una leyenda danesa llevada a Suiza por unos emigrantes. Dicha leyenda fue copiada al pie de la letra en Suiza, cambiándose sólo el nombre del héroe original *Tokken*, por el de Wilheim Tell. Este fue desde entoncs venerado como libertador de Suiza; especie de *Cid Campeador* suizo. Sin embargo de estar hoy históricamente reconocido que Guillermo Tell nunca existió, se puede decir que no hace mucho en 1895, se le erigió una estatua en Altdorf., Suiza, obra del escultor Richard Kissling y en dicha población se construyó, en 1899, un teatro expresamente para representar en él, todos los domingos del verano., el drama de Schiller "Guillermo Tell" que el público aplaude cual si fuera pura historia. Existe en tres poblaciones de Suiza sendas capillas erigidas en memoria de Guillermo Tell y la figura de éste aparecía hasta no hace mucho, en las estampillas suizas. Y no importa que Guillermo Tell no haya existido, el caso es que el pueblo suizo parece no poder dejar de seguir venerando a un héroe que la historia ha demostrado ser imaginario. Esa veneración llegó a estar tan bien arraigada en dicho pueblo., que las primeras obras históricas que se escribieron para desarraigarla, fueron quemadas en Suiza, y de casualidad sus autores no corrieron igual suerte...

Como se comprenderá, la leyenda de *Guillermo Tell* ha sido un argumento muy poderoso en manos de los que niegan que Jesús haya existido, sobre todo si se considera que los evangelistas evidentemente reconstruyeron algunas partes del Evangelio, de manera que concordaran con las profecías del *Viejo Testamento*. El objeto de ello fue seguramente afirmar la divinidad de Jesús haciendo creer a las gentes que su venida había sido pronosticada por los profetas bíblicos. Pero como la historia moderna no entiende de milagros sino de hechos reales, las tales *profecías* vinieron a servir un propósito que no era precisamente el que los evangelistas esperaban... A mayor abundamiento, es bien sabido que gran parte de los ritos, ceremonias y los símbolos de la religión cristiana —y también de la judaica— no son originales, pues fueron copiadas de otras religiones más antiguas. Casi todas éstas tienen sus respectivas vírgenes con sus consecuentes concepciones divinas; sus nacimientos en un pesebre, con los consabidos reyes magos adoradores y la inevitable estrella de Oriente que los guiaba; sus martirios y crucifixiones; y las correspondientes resurrecciones. Un ejemplo: Osiris, en Egipto convirtió una vez el agua en vino, fue inmolado, y resucitó al tercer día de haber muerto, etc. Debemos aceptar, pues, la posibilidad de que la historia de un Dios o de un héroe imaginario, pueda ser inventada o reconstruída y luego inculcada como

verdad dogmática en la imaginación del pueblo. Ya sabemos que el *Viejo Testamento* tomó también prestados de otras religiones todos sus principales mitos, como, por ejemplo, el de Adán y Eva, el Paraíso, la Serpiente, el Diluvio, etc. Como lo demostré yo en mi libro "El Fanatismo Religioso", todos esos mitos se encuentran en obras más antiguas que la *Biblia*, como son los *Vedas*, el *King*, el *Zend-Avesta*, el *Libro de los Muertos*, etcétera.

Pero así como fueron los milagros intrigando la imaginación popular, los que salvaron del olvido la filosofía de Jesús, haciéndola trascender hasta nosotros, en cambio, esa filosofía, más importante que el *Drama del Gólgota* y que la *Resurrección*, será la que fijará en épocas futuras la existencia histórica del predicador del Sermón de la Montaña...

Quien quiera que haya sido el autor de ese admirable sermón; de esa sublime filosofía y de esa doctrina de perdón, piedad y de amor, merece la veneración de todo el género humano. Mas ¿quién fue el autor de esas maravillas? ¿Un anónimo? Pues llamémosle Jesús, para darle algún nombre...

INEXACTITUD DE LOS EVANGELIOS

Los que afirman la existencia de Jesús se fundan para ello, primeramente en los *Evangelios.* Los que la niegan replican que estos contienen tantas y tales contradicciones, que no es posible utilizarlos como base para hacer historia. Desde que nace Jesús hasta que muere los evangelistas están casi en perpetua contradicción entre sí. Ni siquiera saben donde nació Jesús. Según San Marcos (1,9) y San Juan (1,45) fue en Nazareth, pero según San Mateo (11,1) fue en Belén. San Lucas, quien escribió su *Evangelio* copiando en parte los otros, no obstante haber declarado que su objeto en escribirlo fue poner las cosas en orden, no se atreve a decir nada respecto al lugar de nacimiento de Jesús. Evidentemente quiso evadir un asunto que ya entonces era de suyo tan enojoso, pues San Mateo estaba aferrado en hacer nacer a Jesús en Belén, para que su nacimiento concordara con la profecía de Miqueas (V, 2) y de Samuel (Iº, XVI, 4). Pero precisamente ese empeño de San Mateo en hacer prevalecer su opinión tan sólo para hacer aparecer un milagro sirvió a los historiadores mo-

demos para establecer que fue en Nazareth donde realmente ha debido nacer Jesús... Esto que aquí decimos de su nacimiento, no es sino una muestra de cómo andan las cosas en los *Evangelios* respecto a todo lo demás. Bien dice irónicamente Víctor Hugo: "Dios es un mal geógrafo y no mejor astrónomo", pues los evangelistas demuestran desconocer por completo esas ciencias así como también la historia y la topografía de los lugares de que tratan. Muchas veces narran en forma anacrónica, hechos cuya exactitud histórica es bien conocida. Otras hacen aparecer poblaciones de Galilea en Judea y viceversa. Drews anota 57 errores geográficos, históricos y topográficos en un solo capítulo del *Evangelio* (amén de los 1700 errores de traducción que a la *Biblia* le encontró el Dr. Lamsa). "Con mayor claridad se podría establecer hoy la historia de Aquiles, basándose en la *Ilíada* y la *Odisea*, que la de Jesús basándose en los *Evangelios*", exclama con mucha razón Moutier-Rousset. No se sabe quienes fueron los evangelistas, ni tampoco se conoce si eran de Africa, de Asia o de Europa. Como historiadores son anónimos, pues no se conocen tampoco otras obras suyas que pudieran servir para establecer su autenticidad. Por lo tanto no es posible reconocer como historia, una serie de errores, contradicciones y milagros, relatados por unos anónimos que quizá ni siquiera sabían escribir, pues alguien les llevó la pluma según

propias confesiones como esta: "El Evangelio *según* San Marcos" y no *por* San Marcos, que es como ha debido decir si dicho Evangelista lo hubiera escrito. El de San Marcos es *cronológicamente* el más viejo de los Evangelios. Es una narración nada atractiva, comparada con el de San Mateo, que es menos narrativo pero también más espiritual, pues trata de exponer la doctrina de Jesús haciendo a éste más simpático, más humano. El de San Lucas viene en seguida del de San Mateo y finalmente viene el de San Juan, que es el último de los cuatro Evangelios, y también el que tiene el fondo más filosófico de todos. Su filosofía de la vida merece estudiarse con mucho detenimiento. Quizá por ser el que está más distante de los otros evangelios, sea también el que mejor refleje el verdadero sentido de la filosofía de Jesús. Aunque, según Renán, "San Juan trató principalmente de hacer prevalecer allí su concepto particular de Jesús". San Marcos fue el más narrativo; San Mateo el más espiritual; San Juan el más filosófico y San Lucas no hizo más que copiar o parafrasear a los dos primeros evangelistas. La confesión de San Lucas diciendo que escribió su *Evangelio* para tratar de *poner en orden* la historia de Jesús que ya era entonces bastante complicada y que no se conocía sino de *oídas* (San Lucas, I, 3) da fuerza a la contención de los que, para negar la existencia de Jesús, se basan en que los Evangelios, escritos, como es

sabido, varias décadas después de la muerte del galileo, — carecen de valor histórico. Nosotros realmente no podemos admitir que los *Evangelios* sean la historia exacta, ni mucho menos obra de la inspiración divina. Pero tampoco podemos convenir en que lo que dicen haya de ser todo mentira. Los *Evangelios*, cada Evangelio, no fue otra cosa que el receptáculo de datos —a base de "dicen que dijo"— aportados por personas distintas que en su entusiasmo repetían lo que era y lo que no era, pero siempre más de lo primero que de lo segundo... Precisamente el hecho de que contengan tantas contradicciones revela que fueron ingenuos y este dato es muy importante... De modo que si el testimonio de los Evangelios no es suficiente para hacerme creer en los milagros que allí se relatan, en cambio sí lo es para hacerme creer que a principios de nuestra era hubo en Judea un predicador llamado Jesús que fue crucificado en el Gólgota por haber predicado una determinada doctrina de moral. En este punto sí que no se contradicen los Evangelios y yo juzgo que allí donde no se contradigan ni traten de milagros, sus datos bien pudieran ser tomados en serio...

La generalidad de los que sostienen la existencia histórica de Jesús se fundan en segundo término —y que debería ser el primero— en las epístolas de San Pablo, pues éstas fueron escritas mucho antes de los Evangelios. Es bien sabido que sin

Pablo de Tarso, el cristianismo estaría ya olvidado hasta de nombre. Fueron el talento y el entusiasmo de San Pablo a lo que se debe prácticamente la fundación del cristianismo como secta religiosa. Concedemos que algunas de sus epístolas son apócrifas, como lo está diciendo claramente el estilo, pues a San Pablo, más que a ningún otro, se puede aplicar aquello de que *el estilo es el hombre*. Concedemos también que San Pablo era un epiléptico, un alucinado, cuya autoridad histórica tiene derecho a ser discutida. Además, Pablo era originalmente un fariseo que no llegó a conocer personalmente a Jesús, de quien fue un terrible perseguidor antes de convertirse en el más fanático de sus adeptos tan ciegamente empeñado en hacer creer a las gentes en los milagros del predicador galileo, que por haber llevado dicho empeño hasta el aerópago de Atenas, hizo, sin quererlo, un flaco servicio a la propaganda de la doctrina de Jesús. Finalmente, Pablo en sus epístolas se manifiesta más como un teólogo que como un historiador. Pero a través de todo y expurgando las epístolas paulinas de sus teologías, me parecen suficiente testimonio para establecer la noticia escueta de que durante el primer siglo de nuestra era, había en Judea un predicador llamado Jesús que fue crucificado en el Gólgota por haber predicado cierta doctrina de moral. Este testimonio de Pablo está de acuerdo también con los de los cuatro Evangelis-

tas, según vimos. Pablo conviene en que en su tiempo hubo personas que dudaron de la resurrección de Jesús, pero no dice que nadie dudara de la existencia de Jesús. Este dato es sumamnte importante...

LAMENTABLE FRAUDE

Recogerás lo que siembres.

CICERÓN.

Entre los testimonios en pro y en contra de la existencia histórica de Jesús, pesan notablemente las figuras de Filón y de Flavio Josefo, dos historiadores judíos contemporáneos de Jesús y famosos por su veracidad y probidad. El más sabio de los dos, Filón Judeo, nació en Alejandría el año 10 a. J., descendiente de familia aristocrática, rica y tan influyente, que el año 40 de nuestra era nos lo encontramos en Roma en una misión diplomática de su país. Como era esenio, sus costumbres y modos de pensar hicieron creer erróneamente a Eusebio y a otros padres de la Iglesia, que se inclinaba al cristianismo. El hecho de que en ninguna de sus obras diga nada acerca de Jesús, desaprueba esa creencia y al mismo tiempo ha sido aprovechado por muchos para decir que Jesús nunca llegó a existir. Sin embargo, ese silencio acer-

ca de la incipiente secta de Jesús sólo significa que dicha secta, en aquel tiempo, no tenía ninguna importancia. Tomando ese silencio de Filón como ejemplo, podríamos también decir que Colón tampoco existió ni la América nunca fue descubierta, pues Leonardo da Vinci, el hombre más sabio de su tiempo, nada nos dice del Gran Navegante ni de su portentoso descubrimiento, hecho que se estaba verificando, por decirlo así, ante los propios ojos de Leonardo. Y es que los grandes acontecimientos históricos no nacen de repente, o por lo menos, la imaginación del hombre no logra medir toda su importancia a primera vista. Además, en los tiempos de Jesús había muchas otras incipientes sectas religiosas con sus respectivos *milagros*, pero no llegaron a hacer historia por haber desaparecido muy pronto, como habría sucedido también a la de Jesús, a no haber sido por el entusiasmo y el talento oratorio de ese fogoso hombrecito llamado Pablo de Tarso. Es lógico, pues, suponer que los historiadores de la época, como Filón, no les dieran suficiente importancia a los cristianos de entonces, quienes no se contaban sino por docenas y cuyas doctrinas, los que se atrevían a propalarlas, tenían que hacerlo en secreto para poder salvarse de las persecuciones. Tampoco los historiadores modernos hacen caso alguno a esos *mesías* que esporádicamente aparecen en algunas aldeas de Sud América, y también en países europeos, como el famoso *Antonio el Ge-*

neroso que a principios de este siglo llegó a contar sus prosélitos por millares en Bélgica. Seguramente que la muerte de Jesús no fue tan espectacular como la pintan los cristianos, y de ahí que la pluma de Filón no la considerase suficientemente importante para llevarla a la historia. El hecho de que el proceso de Jesús no aparezca en los archivos de Judea ni en los de Roma, sólo indica que no tuvo suficiente importancia para ir al archivo, o que, en todo caso, se perdió debido a la acción del tiempo; pero de ningún modo constituye prueba alguna para negar la existencia de Jesús.

El otro historiador judío, Flavio Josefo, nacido en el año 37 de nuestra era, sí le dedica a Jesús un párrafo de una docena de líneas; luego lo menciona de paso en otro lugar, y finalmente le dedica unos cortos pero interesantes renglones a Juan el Bautista. No es mi intención ahora terciar en la rebatida polémica formada alrededor de dicho párrafo reconocido como espurio, pues decir que "Jesús murió y resucitó al tercer día", es una blasfemia puesta en boca de un historiador tan verídico y serio como Josefo, hombre muy celoso de su fe judaica. Y que una historia tan difusa como la suya, empleara sólo unas pocas líneas para hacer tan tremenda declaración, es algo ya bastante sospechoso... Evidentemente ese párrafo es espurio. ¿Por qué no nos da allí Josefo datos históricos acerca de ese Jesús que hacía milagros y que re-

sucitaba al tercer día de muerto? ¡Esos milagros no se podían despachar con sólo unas cuantas líneas! ¡No era ese el modo de historiar de Josefo! Dos expertos en estilística, como Schurer y Kurt, sostienen que el citado párrafo no está escrito en el estilo de Josefo, sino que huele más bien al estilo en que se escribió *La Biblia*. Orígenes, quien vivió el año 253 de nuestra era, y quien solía citar a Josefo, ¡pasa por alto esa cita que tanto le habría gustado traer a colación para reforzar su cristianismo! Eusebio, quien vivió el año 342, sí menciona esa cita repetidas veces. Ello quiere decir que en tiempos de Orígenes no se había interpolado aún ese párrafo espurio en la obra de Josefo, y que por lo tanto dicha interpolación tuvo lugar más o menos el año 300 de nuestra era.

Otro experto, Roberto Eiler, encuentra que donde está ese párrafo espurio ha debido decir algo sobre el *Jesús hombre*, pues son los milagros atribuidos allí a Jesús, lo que hace aparecer abrupto dicho párrafo. Se trata, pues, no de una interpolación, como se creyó a un principio, sino de una adulteración. Resulta realmente irónico pensar que la mano del cristianismo que para *comprobar* la divinidad de Jesús adulteraba dicho párrafo, borraba con ello el único testimonio realmente histórico que hoy pudiéramos tener de la existencia de Jesús...

Para mejor información del lector, transcribo a

continuación las tres citas de la obra de Josefo en que se hace referencia a Jesús o a los cristianos:

..."Y sucedió que en aquel tiempo apareció Jesús, un hombre sabio —si es que se le puede llamar hombre—, pues hacía obras maravillosas y era un maestro de esos que buscan la verdad con amor. El se atrajo muchos judíos a su doctrina, y también gentiles (griegos). Fue el Cristo. Y cuando Pilatos, por insinuación de los hombres más notables de entre nosotros lo condenó a ser crucificado, aquellos que le seguían desde el principio, no por ello dejaron de continuar siendo sus prosélitos, pues él les apareció al tercero día vivo. Los divinos profetas predijeron todas estas cosas, así como también diez mil otros milagros más referentes a él. De modo que hasta hoy el grupo de cristianos llamados así por él, no se ha acabado aún de extinguir". (Flavio Josefo, "Antigüedades de los Judíos", Lib. XVIII, cap. III, 3)...

..."Algunos de los judíos creyendo que el ejército de Herodes había sido destruído, atribuyeron ello a la ira de Dios, quien se vengaba de ese modo para castigar a los que sacrificaron a Juan, llamado el Bautista. Porque fue Herodes quien mandó a matarlo, no obstante haber sido Juan un hombre bueno que recomendaba a los judíos que fuesen virtuosos, tanto siendo justos los unos con los otros, como por piedad hacia Dios. También les recomendaba el lavado (con agua), no para purificar

(alcanzar la remisión de algunos pecados), sino para alcanzar la limpieza del cuerpo, pues se pedía que la purificación del espíritu fuese completa antes del baño, haciendo obras justas. Juan tenía una inmensa cantidad de prosélitos, pues ejercía una enorme influencia en el pueblo, y las gentes se conmovían al oír su palabra. Herodes temía mucho a esa influencia popular de Juan, quien pudiera levantar sedición entre las masas, dispuestos siempre a hacer lo que él les mandare, y así lo hizo matar". (Flavio Josefo, "Antigüedades de los Judíos". Lib. XVIII, cap. V, 2)...

..."Ananías reunió el Sanhedrín de los Jueces, y presentó ante ellos al hermano de Jesús llamado Cristo, y cuyo nombre era Jaime, así como a otros más". (Flavio Josefo, "Antigüedades de los Judíos". Lib. XX, cap. IX, - 1)...

En esta última de las tres citas, no aparece Jesús haciendo milagros, y por lo tanto poca posibilidad tiene de ser espuria. Ocurre que como allí se cita de paso a Jesús, sin decir quién era él, se colije que en algún otro lugar anterior Josefo como buen historiador que era, ha debido hablar de él. De ahí se deduce que en el párrafo espurio ha debido decir realmente algo acerca de quien era Jesús. Por desgracia, según vimos, dicho párrafo fue adulterado.

En cuanto a la segunda cita, aunque en nada se refiere a Jesús, es muy interesante, pues allí se

nos hace ver que Juan el Bautista no estableció el bautismo (como las abluciones sagradas de los griegos y romanos) para purificar pecados, sino únicamente como un medio de aseo personal. Este dato, pues, no pudo ser adulterado por ningún cristiano, ni tampoco por ningún judío, pues además, allí se nos muestra a éstos como poco adictos al baño...

Finalmente la primera de las tres citas, y que es la más interesante, no queda duda de que fue adulterada. Porque si, según vimos, es inadmisible que un hebreo tan estricto en su religión, como Josefo, hubiese dado fe de los milagros de Jesús, a quien llega hasta llamar el *Cristo*, y si aun más inadmisible es que ese historiador tan minucioso en detalles, hubiese dedicado sólo unos cuantos renglones a ser tan portentoso que podía resucitar al tercer día de muerto, todavía más incomprensible es que un hombre de carácter tan probo como el del citado historiador, a raíz de reconocer que Jesús era un sabio justo y amante de la verdad, fuese a agregar que Pilatos *por insinuación de los hombres más notables de entre nosotros*, lo hizo crucificar... Nadie, por perverso y estúpido que sea, es capaz de jactarse de haber influido con chismes, para que sacrificaran a un hombre a quien reconoce y admira como sabio, justo, bueno y sagrado (el Cristo). De modo que esa frasecita subrayada, reventó en su intento al malhadado cris-

tiano que en el empeño de inventarle milagros al Galileo anulaba así, por completo, la única prueba rigurosamente histórica que hoy pudiéramos tener de la existencia de Jesús...

Fuera de la de Josefo, la cita judaica que más se acerca a la comprobación histórica de Jesús, está en el *Talmud*. Y aunque de fecha muy posterior a su muerte, y no obstante la circunstancia de que allí se le cita —insidiosamente— para llamarlo *Ben-Pandira*, de acuerdo con el Evangelio Apócrifo de Saphar Holdoth Jesha, el caso es que ella, igualmente, es un argumento que merece tomarse muy en cuenta para la comprobación de la existencia histórica de Jesús.

Finalmente, ligeras referencias de historiadores paganos como Tácito, Suetonio y Plinio, vienen a constituir el primer dato que pudiéramos llamar realmente histórico, de la existencia de Jesús. Y aunque esas referencias —de autenticidad disputada por algunos— se escribieron más de un siglo después de la muerte de Jesús, y aunque todas juntas no pasan de una docena de líneas de largo, el hecho de que ellas no se refieran a Jesús sino como al hombre, nunca como al pretendido dios, nos hace ver que fueron auténticas, prestando con ello fuerza al argumento de los que afirman la existencia de Jesús. Además, los sostenedores de la proposición contraria, no pudieron hasta ahora aportar argumentos de valor incontrastable para demostrar que Jesús no existió...

UN ESENIO

Obsequium amicus, veritas odium parit.

TERENCIO.

Ha sido la teología cristiana, declarando dogmáticos los Evangelios, la que impidió que éstos fueran convenientemente expurgados para poder entrar en la historia. Pero como dijimos, ni Jesús ni los Evangelios son divinos, al menos en la forma personal y antropomorfista en que se lo imaginan los llamados cristianos. Por lo tanto, juzgo que es, no solamente un derecho, sino también un deber de todo historiador, impedir que se siga poniendo en boca de Jesús blasfemias, errores y contradicciones que éste jamás habría sido capaz de proferir. La causa principal de esas contradicciones consiste en que no fue un solo evangelista quien escribió su respectivo Evangelio, sino que cada uno de éstos fue, como dije, confeccionado poco a poco en el transcurso del tiempo, por diferentes personas quienes de acuerdo con su memoria o su imaginación, le

iban agregando cada vez más material —falso o verdadero— hasta llegar a lo que son.

Se me dirá que con qué derecho me tomo yo la libertad de pedir que se expurgaran los *Evangelios* de sus errores y contradicciones, para desentrañar de allí la doctrina moral que ocultan, y contestaré que con el mismo derecho con qué en las minas se separa el oro del quijo. Si todo un San Lucas encuentra que la historia de Jesús está aún por ponerse en orden, justo es que comencemos a ordenarla algún día. Si la historia universal está autorizada para declarar apócrifas muchas obras, o párrafos contradictorios como el ya mencionado en la historia de Josefo, ¿por qué no ha de poder pasar su esponja bien humedecida por sobre aquellas frases del *Evangelio* que son contradictorias, máxime si tomamos en cuenta que éstos fueron escritos mucho después de la muerte de Jesús, por anónimos a quienes fue trasmitida oralmente? No es justo que Jesús siga cargando con la responsabilidad de errores y contradicciones que a todas luces no fueron obra suya sino de la exaltada imaginación de algunos de sus adeptos, hombres incapaces de comprender la filosofía panteísta!

Es innegable y clara como el día, que a la mitad del primer siglo de nuestra era, había ya en Judea, Galilea y Grecia, pequeñas agrupaciones de hombres que se decían adeptos de un predicador llamado Jesús que murió crucificado en el Gólgota

por haber predicado una determinada doctrina de moral. Probablemente Jesús nació en Nazareth (Galilea). Era hijo de María y del carpintero José, también de Nazareth. Tenía algunos hermanos, entre ellos José, Simón, Judas y Jacobo o Santiago, quien fue el único de su familia en ser su seguidor. Jesús murió crucificado en el Monte Calvario o *Gólgota,* Jerusalén (Judea), a los 33 años de edad. De su vida sólo se conoce algo de lo que hizo durante los últimos tres años, pues la historia de sus primeros treinta años, ha quedado completamente en el misterio. Lo del nacimiento en un pesebre, en Belén, los reyes magos, la huida a Egipto, es todo pura mitología o, mejor dicho, copia de otras mitologías más antiguas. Y si la mitología cristiana no es original, tampoco lo es, en detalles, la doctrina de Jesús. La India, Persia, China, Egipto y Grecia, fueron el terreno donde comenzó a germinar históricamente, la semilla de la caridad, y los encargados de llevarla a Galilea fueron los esenios.

Mucho antes de nacer Jesús existía en Galilea una orden monástica cuyos adeptos se llamaban *esenios,* orden a la cual se cree que pertenecieron el historiador Filón, y también Jesús... Los esenios hacían voto de castidad, y se comprometían a practicar la virtud, a combatir las pasiones, a vivir en la pobreza, a cultivar la sencillez y la austeridad, a despreciar las riquezas, a amar a Dios, a amar

al prójimo, a hacer caridad, a considerar las cosas como comunes a todos, y por lo tanto a no vender nada a nadie. Los esenios se dedicaban a curar a los enfermos y combatían la costumbre de hacer sacrificios de animales ante el altar. Jamás hacían juramento, cosa que consideraban un pecado; pero en cambio su palabra era más respetada y de más valor que todo juramento. Los esenios llevaban un régimen de vida pitagórico, vegetariano, pues no se alimentaban más que de frutas y pan. Practicaban el baño, especialmente el lavado de los pies, como una regla diaria de higiene para conservar la salud. Esta es, a grandes rasgos, la descripción que de los esenios nos hacen antiguos historiadores como Josefo, Filón, etc., quienes están acordes en decir que "los esenios eran los hombres más virtuosos del mundo".

Ahora bien: ¿qué tendría de extraño que entre estos esenios hubiese uno, de nombre Jesús, quien habiéndose distinguido de los demás por la energía, la convicción, el talento de persuasión, la inteligencia para coordinar su sistema de moral y practicarlo y propagarlo a las gentes, hubiese conmovido a las masas al extremo de constituir un peligro para la tranquilidad de Pilatos, Caifás y demás sostenedores del orden constituido? Estos, con cualquier pretexto, pudieron haberlo mandado a crucificar e igualmente aquellos de sus más exaltados partidarios pudieron también, más tarde, adorar la

memoria de su maestro mártir, hasta, con el tiempo, convertirla en un Dios. Este ha sido, más o menos, el origen de algunos dioses de otras religiones. La fantasía popular puede mucho en ciertos casos, como lo vemos según Brandes, con el del mitológico Guillermo Tell. Todo esto es tan sencillo y se explica tan fácilmente, que la campaña emprendida para negar la existencia de Jesús, me ha parecido siempre fútil.

CONSIDERACIONES FINALES

El hombre que reconoce en la suya, el alma que vive en todos los demás seres, muéstrase piadoso para con todos alcanzando así el inefable bien de ser recibido por Brahama.

MANÚ.

Los hombres que condenan, es porque no saben comprender.

CICERÓN.

Allí donde culmina la grandeza de Jesús es cuando exclama, ya clavado en la cruz: "Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen". (San Lucas XXIII, 34). ¡Qué absurda nos parecería esa frase, a no ser porque, afortunadamente, en el fondo de la conciencia humana se encuentra oculto como el diamante en el corazón de la roca, el sentimiento del perdón! Y ese sentimiento no es otra cosa que una prueba de que en nosotros germina ya, pronto a manifestarse, el principio simbólico que nos grita con Buda: "todos somos uno; somos

las gotas de un mismo manantial" ¡Rompamos las barreras de prejuicios y de ignorancia que separan a los humanos y, como decía Walt Whitman, entonces sentiremos el irresistible impulso de dar un abrazo de amor al universo entero! El hecho de que tan noble frase de Jesús se haya salvado para la historia, muestra que ella logró inspirar respeto a los hombres y por lo tanto, que en el fondo de nuestra conciencia, se manifiesta aunque vagamente, aquel principio que nos une a todos. Desgraciadamente la humanidad se encuentra aún muy atrasada, pues todavía no hemos podido acabar de limpiar la costra de prejuicios y de ignorancia que envuelve nuestra conciencia.

La más alta sabiduría consiste en la comprensión del destino, y la más perfecta virtud está en la práctica del estoicismo, por lo que se ve que sabiduría y virtud son, en esencia, una misma cosa. Isaías, el más talentoso, y Job, el más profundo de todos los profetas bíblicos, implícitamente han justificado a los estoicos, y éstos y los citados profetas, están acordes a su vez en dar la razón a aquel principio de la filosofía monista que nos demuestra que el sufrimiento ha sido la causa del progreso espiritual del hombre. También están acordes en dar la razón a las ciencias biológicas y antropológicas que proclaman el progreso como una consecuencia de la lucha por la existencia y de la supervivencia del más apto (el más apto es realmente

el más virtuoso, como lo sostiene Bernard Shaw). Job habla, pues, en el lenguaje de la ciencia moderna cuando exclama: "Bienaventurado es el hombre a quien Dios castiga. Por lo tanto, no menospreciéis la corrección del Todopoderoso... Dios hace grandes cosas que nosotros no entendemos"...

Esto quiere decir que el sufrimiento es un instrumento destinado a hacernos adelantar espiritualmente. Así que donde se haya alcanzado cierto grado de adelanto espiritual, el sufrimiento, no siendo ya tan necesario, se va eliminando proporcionalmente. Por lo tanto, a medida que vaya aumentando nuestra inteligencia, irá aumentando también nuestra libertad. Y así como, según vimos, nosotros llamamos *Castigo de Dios* al sufrimiento, causa de la evolución, medio de que ésta se vale para obligarnos a progresar, también llamamos *premio*, o *recompensa del cielo*, a lo que no es otra cosa que el efecto de ese proceso automático de ajuste, y que, de una u otra manera, nos induce a adelantar. Así vemos que las ciencias biológicas, la filosofía monista, la de los estoicos, y la teología cristiana que nos dice que el *camino del cielo está sembrado de abrojos*, andan implícitamente por la misma senda...

El principio moral del mundo antiguo en general y del paganismo en particular, se basaba en el estoicismo, esto es, en aprender a sobrellevar el infortunio, considerado este último como una nece-

sidad. Pero el estoicismo se refiere sólo a aquella parte del infortunio que no podamos modificar por estar más allá de nuestras posibilidades. Porque el estoicismo no exige el sacrificio allí donde es inevitable y por lo tanto innecesario. Un estoico no considera que dejarse morir de hambre teniendo alimento a la disposición, pueda constituir una virtud. De modo que donde la inteligencia pueda aportar alivio al sufrimiento, como p. e. en el caso del tan debatido conflicto económico social, es justo poner mano a la obra para remediar ese mal que, por lo tanto, se puede calificar de innecesario. De este hecho nació el principio cristiano de que *el mundo se salvará por medio de una hermandad universal que eliminará toda diferencia de raza, sexo y condiciones sociales.*

Este principio cristiano es una consecuencia y al mismo tiempo una prueba de la evolución, del progreso hacia la libertad. *Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres,* es uno de los versículos más profundos que contiene toda la Biblia. Suena paradójico, pero es un hecho que a medida que el hombre se va dando cuenta más claramente de que no es sino un instrumento del destino, es porque más se va acercando a su libertad, a su redención. Es en la comprensión del destino, esto es, en el reconocimiento de que todo lo que sucede es la obra de Dios y por lo tanto favorable para nosotros,

que consiste nuestra verdadera libertad, nuestra verdadera redención...

La misma historia de la religión cristiana nos da la prueba de esa verdad acerca de la necesidad del mal, y que tan admirablemente la expresa Goethe en el *Fausto* al poner en boca de *Mefistófeles* la famosa frase: "Yo soy parte de aquella fuerza que siempre quiere el mal y que siempre crea el bien". ¿Qué sería hoy de la doctrina cristiana sin el martirio del *Gólgota,* esto es, sin Caifás, Judas y Pilatos? ¿No fueron estos últimos instrumentos ciegos del destino contribuyendo a inmortalizar un opóstol para hacer llegar su doctrina hasta nosotros? Además, ¿cómo se habría podido difundir esa doctrina si alrededor de Jesús no se hubiese congregado un grupo de fanáticos que intrigaron la mente de las muchedumbres hasta hacer que esos milagros, esa doctrina fueran propalados por la elocuente palabra de ese otro fanático admirable que se llama Pablo de Tarso.

La figura de Jesús, cual su historia y su doctrina, ha sido igualmente sujeta a la errónea interpretación de ignorantes prosélitos empeñados en presentarla muy diferente de como ha debido ser. Pero también tuvo quien la salvara. Así lo vemos hacer por el pincel de ese artista que a más de artista era un sabio: Leonardo da Vinci. Su famoso cuadro *La Ultima Cena,* nos muestra admirablemente la figura de Jesús. No es el suyo un Jesús de expre-

sión angustiada y de aspecto dolorido, como la presentan otros pintores menos profundos, sino un Jesús de expresión dulce, sosegada, tranquila, como lo que corresponde a un avanzado hijo de Dios, consciente de que nuestras acciones están en el destino, y de que por lo tanto nada se puede cambiar en el mundo, pues todo es necesario, ¡inclusive la traición de Judas que iba a hacer posible la tragedia del Gólgota, destinada a redimirnos! Jesús comprende el destino y por lo tanto sospecha la necesidad y conveniencia de aquella traición. Por eso tiene allí los ojos bajos, cual si su delicadeza esquivara los de Judas para evitar a éste la consiguiente turbación al encuentro de ambas miradas. El Redentor no podía pensar sino con lástima, de aquel infeliz destinado a favorecer la evolución en una forma tan odiosa. Porque el verdadero Jesús no es el angustiado, vengativo e iracundo que nos ofrecen Miguel Angel y otros pintores menos profundos, sino el Jesús dulce, sereno, tranquilo, de Leonardo, y que, según San Juan, "no fue enviado por Dios para condenar a los hombres, sino para salvarlos"...

El verdadero Jesús fue ecuánime y optimista, pues era consciente de ser hijo de Dios. Todos lo somos: sólo que aquéllos que se sienten serlo más, es porque están más evolucionados, pero los malos como los buenos, son también hijos de Dios. El que no lo vea así es porque entiende poco de la

filosofía del perdón; porque no se ha dado cuenta del significado del verdadero cristianismo: porque no ha podido comprender las más elementales verdades de Jesús.

No hay duda de que Jesús reconoció en Pilatos a un hijo de Dios cuando le dijo: "Ninguna potestad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba". Sólo que Pilatos favorecía la evolución en la forma negativa, destructiva, mientras que Jesús lo hacía en la forma positiva, constructiva. Pero ambos, tanto el tirano como el apóstol, son hijos de Dios.

Pidiendo perdón por sus victimarios, mostró Jesús ser consecuente hasta lo último con sus principios. Su amor inmenso, su noble corazón, lo llevó a esa gran verdad reconocida por Gautama; verdad que fue a prender también en el racionalismo de Spinoza. De modo que a este principio simbólico universal nos conducen directamente el corazón y la razón; el amor y la sabiduría... *Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres...*

Cuando el racionalismo haya triunfado en el mundo; cuando la filosofía del perdón y del amor se hayan encarnado en la conciencia de la humanidad; cuando se haya reconocido que Jesús fue antes que todo un hombre, el mundo le dará este justiciero título:

Fue el primero y más grande de los apóstoles de la caridad humana.

Fue el Filósofo por Excelencia y consecuentemente un Redentor.

Fue un hijo de Dios acaso el mayor de toda la familia...

INDICE

Se terminó de imprimir
en IMPRESIONES AVELLANEDA S.A.
Manuel Ocantos 253, Avellaneda, Bs. As.
en el mes de febrero de 1993.

Tirada: 1.000 ejemplares.

Joyas Espirituales



0808-X